


# MANICOMIO

CURTIS GARLAND

«Vamos, mira atrás. Mira ahora. Tiene que haber alguien. No puedes estar solo ahí. Sí, hay alguien, pero ¿dónde? ¿Quién puede ser?

Si has mirado comprobarás que no hay nadie. Que no ves a nadie. Pero el miedo ya te domina, ¿no es cierto? Empiezas a saber lo que es asustarse.

Y es sólo el principio. El principio del terror».



Curtis Garland

# Manicomio

## Bolsilibros: Selección Terror - 140


**ePub r1.1**

**xico_weno** 02.09.16

Título original: *Manicomio*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

# PRÓLOGO

«Miedo…

¿Sabes lo que es el miedo? ¿Lo has sentido alguna vez?

Sí, tú… Tú, que estás ahora iniciando esta lectura, que tienes el libro entre tus manos, que dejas deslizar tus ojos sobre la primera página… ¿no sientes en tu nuca el cosquilleo del pánico, la sensación inquietante y fría de que alguien está a tu espalda, mirándote, clavando sus ojos en ti…?

Sí, claro que lo notas. Vamos, no resistas esa tentación. Gira la cabeza. Comprueba que nadie te mira, que estás solo. Solo, con este libro entre los dedos… Es cierto, ¿no? Estás solo, si. No hay motivo de preocupación. Ni de temor. Seguro que te ríes de tus propias aprensiones. Te ríes ahora, ¿verdad?

Pero ¿estás totalmente seguro de que has visto bien? ¿De que no hay nadie contigo, ahí, en estos momentos? Esa puerta, ese rincón donde no llegaste a mirar… O junto a ti tras el respaldo de tu propia silla, agazapado en el suelo. Sí, pudiera ser… Ese roce, ese roce que acabas de oír… Porque hubo un roce, ¿no es cierto? Claro que lo hubo. No, no trates de negarlo… No te digas a ti mismo que no es cierto, que eso es sólo algo que está escrito aquí, en estas páginas, que algún chiflado escribió para inquietarte.

Claro. Es ridículo. Forma parte de lo que estás leyendo. Te ríes. Del libro, de mí, de lo que escribí…

Hasta te ríes de ti mismo, si has llegado a sentirte débil un instante y has mirado atrás.

Pero ese ruido…

Sí, ahora sí es cierto que lo hubo, ¿verdad? No, no lo niegues, lector amigo. Ahí, cerca de ti. Muy cerca. ¿Giras la cabeza otra vez? ¿Miras atrás? ¿No? Claro que no. Quieres hacerte fuerte.

Pero…, ¿pero qué es eso? ¿No lo has notado? Es… es como una

mano. Una manó helada que te roza el pelo, que acaricia tu nuca. Ha sido sólo un momento, si, pero ¿no sentiste ese frío extraño y sutil en tu piel, en la raíz de tus cabellos?

Vamos, mira atrás. Mira ahora… Tiene que haber alguien. No puedes estar solo ahí. Sí, hay alguien, pero ¿dónde? ¿Quién puede ser?

Si has mirado comprobarás que no hay nadie. Que no ves a nadie. Pero el miedo ya te domina, ¿no es cierto? Empiezas a saber lo que es asustarse.

Y es sólo el principio. El principio del terror.

¿Sabes lo que es el terror? ¿Lo has notado alguna vez? Quizá ahora lo consigas. Quizá…

Porque del miedo al pánico hay tan poca distancia. Tan poca… ¿No vas sintiendo ya que ese mismo frío de antes, esa caricia invisible que rozó tu nuca, va estirándose, deslizándose por tu espina dorsal? Esa mano que no eres capaz de ver, esos dedos helados que te rozan, que quizá sean de la propia muerte o de un ser espantoso que te acecha ahí, donde ahora estás leyendo estas líneas… ¿De quién puede ser esa mano, si no? ¿Qué ciase de horror te acecha y se aproxima a tu hombro, para inclinarse sobre él y burlarse de ti y de tu pretendida serenidad, lector?

¿O ya no estás tan sereno? ¿Qué es eso? ¿Has temblado? ¿Es sólo el frío, una repentina corriente de aire? ¿Es que acaso has oído algo así como… como un murmullo? ¿Una voz, una risa que parece llegar de muy lejos, quizá de ultratumba… pero que suena extrañamente cerca de ti, a tu mismo lado?

Sí… Sí, amigo. Tienes miedo. Empiezas a saber lo que es esa incómoda y oscura sensación que nubla el cerebro, que nos hace sentir ese escalofrío profundo… Porque empiezas a notar cerca de ti la presencia angustiosa de lo desconocido. Como yo mismo la he sentido, como la siento ahora, al borde de la tumba. O quizá dentro ya de esa helada tumba donde mi cuerpo empezará a pudrirse, a descomponerse hecho purulencia, gusanos y hedor insoportable…

¿No te dan ganas de reír ahora? Cuando menos, te sentirás tranquilo, más seguro de ti mismo. Sí, eso: ríe, ríe… Vamos, ¿a qué esperas? ¡Ríe, lector! Ríe.

Y que tus carcajadas traten de alejar tu terror, tu angustia. Ríe… aunque no te sirva de nada. Ríe.

¡Ja, ja…! ¡Ja, ja, ja, ja! Ríe, ríe sin cesar.

¡Ja, ja, ja, ja, ja, jaaaaaaaaa…!».

* * *

«¡Ja, ja, ja, ja, ja, jaaaaaaaaa…!».

La risa era molesta, hiriente. Ensordecía casi.

La mano presionó la tecla. Se apagó la risa. Reinó un profundo silencio en la estancia.

El doctor Vardo respiró hondo. Contempló el silencioso magnetófono. Luego sus ojos se deslizaron hasta el hombre tendido en las baldosas, junto a la mesa. Cambió una mirada con el que estaba inclinado junto a él. Al levantarse, le preguntó:

—¿Y bien, doctor Collier?

—Muerto, señor —dijo el médico más joven con tono grave—. Debió morir… de risa.

Su corazón no resistió tantas carcajadas.

—Ya —el doctor Vardo bajó la cabeza. Volvió a estudiar el aparato magnetofónico a transistores. La grabación permanecía allí dentro. Con el extraño mensaje dictado por el paciente muerto. Y con su risa final. Sobre todo, con su risa. Aquella risa suya, interminable y atroz, que llegó a romper su víscera cardíaca.

—¿Qué hacemos, doctor Vardo? —preguntó un enfermero, presente en la escena.

—¿Qué podemos hacer? —Se encogió de hombros Vardo fríamente—. El doctor Collier extenderá certificado de defunción al efecto, e informaremos a sus parientes, si los tiene. Esperaremos a ver si se hacen cargo de su cadáver antes de mañana. Si no es así, será sepultado en el cementerio del establecimiento, como otros. Y asunto terminado, señores.

—Sí, comprendo, doctor. Eso es lo reglamentario. Yo me refería a otras cosas. El paciente parecía haber mejorado últimamente. Incluso se le facilitó ese magnetófono para que se divirtiera grabando lecturas, poemas, lo que fuese.

—Ya ha oído lo que grabó —el doctor Vardo miró en torno, a la habitación aséptica, de muros blancos, de limpia y clara luz solar, entrando por los ventanales amplios, abiertos a los jardines de la residencia. Pero, por supuesto, verjas metálicas adecuadas, cerraban aquellas aberturas, para impedir cualquier accidente por parte de

quienes ocupaban las dependencias del edificio. Aquélla era la segunda planta del mismo. El llamado pabellón de Recuperación. Tras un silencio, habló calmoso—: No hay aquí ningún libro donde estén escritas esas palabras. No ponemos en manos de nuestros pacientes obras que puedan causarles terror o angustia. Ese texto, sin embargo, podría impresionar a cualquier persona sensible. Con más motivo, a un enfermo mental. No me explico de dónde sacó semejante relato… a menos que lo inventara él mismo.

—Pudo hacerlo —admitió el doctor Collier—. Walsh era hombre de imaginación, ¿no?

—Lo era, sí. Incluso creo que escribió algunos libros antes de enfermar —aceptó el doctor Vardo, director del establecimiento psiquiátrico—. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Me sorprende su gran imaginación en estos momentos… Ocúpense de recoger en unas hojas, mecanografiadas, las frases grabadas ahí por Walsh. Procuraremos compaginarlas, en busca de algún texto que hubiera podido inspirarle esa idea literaria.

—¿Qué espera encontrar con ello? —Se intrigó el joven doctor Collier.

—No lo sé. Tal vez haya alguien aquí que haya quebrantado los reglamentos de nuestro establecimiento introduciendo literatura impresionable para nuestros pacientes. De ser así, me gustaría saber dónde estuvo el fallo o la imprudencia.

No se preocupe, doctor —afirmó el enfermero, tomando el magnetófono—. Recogeremos eso mecanográficamente y guardaremos la cassette, para evitar su destrucción. Después de todo, es posible que si Walsh tiene familia, se interese por su repentina muerte. Esa grabación puede explicarle lo que sucedió si se obstinan en exigirnos alguna responsabilidad, doctor.

—Nadie puede exigir responsabilidad alguna a mi sanatorio —se irritó el director con voz áspera, y encaminó sus pasos hacia la salida, casi altivamente—. De todos modos, me interesa que se archive esa grabación. No quiero dejar nada al azar en mi establecimiento. Y menos cuando existe una muerte imprevista como la de Walsh… Bien, caballeros. Nos veremos más tarde, cuando resolvamos los detalles del funeral de ese hombre, por si sus parientes no dieran señales de vida. Notifiquen a la señorita Warren, de Ingresos, que se ocupe de localizar por teléfono o por

telegrama a los familiares conocidos de Stephen Walsh. Es todo.

Se disolvió la reunión en torno al cadáver del hombre que muriera de risa haciendo aquella extraña grabación en una cassette, sólo en una habitación, creando un auténtico relato de terror. Creándolo… ¿o leyéndolo en voz alta, procedente de algún volumen prohibido dentro del sanatorio mental, por causas psicológicas realmente obvias?

Eso era lo que parecía quedar en el aire, una vez muerto Stephen Walsh.

* * *

—La acusación llama a su siguiente testigo… ¡Paul Vincent! Hubo un murmullo en la sala. Paul Vincent. Al fin.

Era el testigo más esperado por parte de todo el público asistente. El juez golpeó con su mazo, enérgicamente.

—Por favor, silencio —pidió—. O haré despejar la sala.

Los asistentes a Old Bailey, se mantuvieron ahora en un prudente silencio. Era el momento decisivo del proceso. El instante del clímax definitivo quizá. Todos sabían lo que se jugaba allí el procesado. Quizá la vida, a menos que se pudiera demostrar la tesis de la defensa, sobre posible desequilibrio mental del acusado.

En medio de un tenso silencio, Paul Vincent caminó hacia el estrado de los testigos. El muy honorable *sir* Brian Hume, juez de la Sala, le contempló con aire meditativo, inexpresivo bajo su blanca peluca tradicional.

Se acomodó el testigo requerido por el fiscal. Contempló fríamente al público, al jurado, a los demás testigos, al fiscal y al abogado. Y, sobre todo, al acusado. Al hombre de cabellos rubio canosos que se acomodaba junto a su defensor en el proceso por asesinato seguido contra el ciudadano británico Homer Johnson.

Se le exigió el juramento de rigor, según la justicia británica. Tras el trámite jurídico, comenzó el interrogatorio:

—¿Puede usted identificar entre los presentes al hombre a quien usted vio asesinar a *lady* Vivian Slattery? —Fue la primera pregunta del fiscal.

—Sí, señor.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas.

—Señale dónde está ese hombre, por favor.

—Allí —extendió su brazo sin vacilaciones, señalando al acusado.

—Protesto, señoría —saltó vivamente el abogado defensor—. El testigo ha sido interrogado de modo que primero señale a una persona, sin haberse concretado aún qué es lo que vio y cómo lo vio. La forma es improcedente y…

—Protesta denegada —cortó el juez—. El señor fiscal puede comenzar su interrogatorio como guste. Y si en las siguientes preguntas se demuestra claramente que el señor Vincent fue testigo del asesinato y está capacitado para identificar a su autor, esa identificación será válida. En caso contrario, el Jurado será advertido de que no la tome en cuenta.

—Pero el daño está hecho, señoría —objetó el abogado—. Porque el Jurado se sentirá predispuesto ya a admitir que el acusado es culpable y ha sido identificado sin lugar a dudas, dando lo demás por sentado, de un modo harto peligroso para mi cliente.

—El Jurado se da perfecta cuenta del hecho, y esperará a juzgar cuando haya oído por completo el testimonio del señor Vincent. Prosiga, señor fiscal. Y procure seguir un orden riguroso y correcto en sus preguntas, o me obligará a hacerle rectificar.

—Sí, señoría —aceptó el fiscal dócilmente. Se encaró con Paul Vincent de nuevo—. Díganos ahora, señor Vincent: ¿usted era vecino de la señora Slattery?

—Lo era, sí. Desde hace un par de años.

—Bien. Diga ahora lo que vio el día del crimen. Sea concreto, por favor. Y no formule conclusiones. Limítese a dar ordenadamente todos los hechos, uno a uno.

Tras un silencio, el testigo comenzó con voz pausada.

—Ese día recuerdo muy bien que era domingo. Yo estaba cortando mis setos del jardín, cuando la señora Slattery salió a hacer también algo en sus rosales. Creo que estuvo con unas podadoras entre ellos, como cosa de diez minutos. Luego, reapareció, con las mismas podadoras en su mano, se enjugó el sudor y regresó lentamente hacia la casa.

Cuando estaba ya en la puerta, llamaron a la verja. Oí claramente el campanilleo. Ella regresó hacia la extremidad de su jardín y abrió, entrando el acusado en el jardín. Salude a la señora

Slattery con cordialidad, y juntos se encaminaron a la casa, Entraron charlando amigablemente, al parecer muy animados, Yo seguí con mis setos. De repente, cosa de diez o doce minutos más tarde, oí gritos dentro de la casa. Miré, alarmado, y vi que la puerta se abría, y alguien forcejeaba en su interior. Finalmente, vi salir, bañada en sangre, a la señora Slattery, emitiendo gritos roncos, manoteando al aire.

—¿De dónde brotaba esa sangre, señor Vincent?

—De… de su vientre y estómago, También de su costado. Se apretaba con ambas manos, pero la sangre brotaba tumultuosamente, y luego manoteaba, como pidiendo ayuda a alguien que no existía allí. Tras ella, poco después, salió presuroso el acusado. Llevaba en sus manos las podadoras, totalmente enrojecidas y goteando sangre. Salió tras de la señora Slattery, y aunque ella corría, le dio alcance entre los rosales. Vi caer a la mujer, y él la siguió. Dentro del rosal hubo gritos, alaridos de dolor. Yo estaba petrificado, sin saber qué hacer. Además, separado por los setos de ella y su propia valla, me era virtualmente imposible hacer nada. Tenga en cuenta que la verja es más alta que lo era mi posición y no podía salvarla para ir en ayuda de la infortunada mujer.

—Bien. Limítese a contar lo que vio. ¿Qué sucedió después?

—El acusado salió de allí, tambaleante, con mirada extraviada, como si hubiera visto algo realmente espantoso, y… estuviera aterrado por su acto.

—Protesto, señoría —replicó, rápido, el abogado—. El testigo está llegando a conclusiones por su propia cuenta, dando por supuestas cosas que no le fue posible ver.

—Admitida la protesta —asintió el juez—. Que no conste la última parte del testimonio del señor Vincent. En lo sucesivo, le ruego al testigo que concrete, sin deducir nada, y al señor fiscal que impida nuevas conclusiones parecidas.

—Sí, Señoría —aceptó el acusador—. Señor Vincent, siga su relato evitando deducir nada. ¿Qué hizo el señor Johnson en el momento de salir del macizo de rosales? ¿Las podadoras continuaban en su mano?

—Desde luego, señor. Y chorreando sangre copiosamente. Retrocedió, vacilante, fija su mirada en los rosales, luego miró en

derredor y echó a correr, tirando lejos de sí el instrumento de jardinería. Yo grité, pidiendo ayuda, acusándole incluso, aunque supongo que eso era correr mi riesgo en tal momento… y él desapareció de mi vista, tras mirarme con gesto descompuesto. Estaba muy pálido, salpicado de sangre. Hablaba algo, moviendo sus labios convulsivamente. Oí sonidos pero no supe lo que decía. Luego, desapareció de mi vista. Corrí a llamar a la policía, a una ambulancia… y eso fue todo.

—¿Es todo, señor Vincent? ¿Por qué está tan seguro entonces, de reconocer al acusado en la persona que vio en casa de la señora Slattery? Pudo usted confundirse, dada la situación excitada en que, sin duda, se hallaba en esos momentos…

—No, señor. Imposible. Era Homer Johnson, puedo jurarlo, Sin lugar a dudas.

—¿Por qué, señor Vincent? ¿Por qué tanta seguridad? —indagó el fiscal, dramático.

—Porque el señor Johnson… además de tener relación con la señora Slattery, según advertí en su visita… es el propietario de la casa donde yo resido, la vecina a la de la víctima. Y él me la arrendó a mí hace dos años…

Hubo un nuevo murmullo en el público, que el magistrado de Old Bailey se vio obligado a acallar enérgica; mente, llamando al orden a los presentes. El fiscal miró a los miembros del Jurado, con expresión significativa. Y volviéndose irónico al abogado defensor, se limitó a decirle con voz tranquila:

—Su turno, colega…

El abogado defensor se levantó, preparándose para su interrogatorio. Pero lo hizo sin convicción. Seguro de que el testimonio de Vincent era definitivo, demoledor. Y que de nada valdría ya cuanto él se esforzase en defender a Homer Johnson, acusado de asesinato en primer grado, con una larga serie de agravantes.

Efectivamente, el término del proceso señaló la culpabilidad de Johnson, por unanimidad del Jurado. La sentencia no se hizo esperar Era a la última pena.

Pero la última baza jugada desesperadamente por el defensor, exponiendo ante el Tribunal el informe de un grupo de psiquiatras, sobre el posible estado mental del acusado, hizo su efecto.

El muy honorable juez *sir* Brian Hume, dictó sentencia que transformaba la pena de muerte por la de reclusión de por vida en un establecimiento psiquiátrico del Estado.

En resumen: Homer Johnson, culpable de asesinato en primer grado, había sido dado por loco por la justicia británica.

Y, como tal, terminaría sus días en un manicomio.

# CAPÍTULO PRIMERO

Manicomio.

Era el manicomio del Estado, en Reading, a ochenta millas al sudoeste de Londres. Su director y responsable, el doctor Lorimer Vardo, notable psiquiatra.

Allí había sido recluido Homer Johnson, asesino considerado como enfermo mental por el tribunal de Old Bailey.

Allí, si nada sucedía que alterase su destino, terminaría sus días el asesino de *lady* Vivian Slattery.

El doctor Vardo enarcó sus cejas contemplando pensativo a su ayudante, el doctor Harvey Collier. Parecía no creer lo que había escuchado un momento antes de labios del joven psiquiatra y psicoanalista que ocupaba el cargo de auxiliar en la dirección del prestigioso establecimiento sanitario.

—Temo no haberle entendido muy bien, amigo mío —suspiró el director del manicomio con voz algo fría.

—Se lo repetiré, señor —habló lentamente Collier—. Aunque creo que sí lo comprendió muy bien anteriormente… Me refería a ese hombre. Al asesino. A Homer Johnson. Y le dije, doctor Vardo, que no creo en absoluto que esté loco.

Hubo un silencio. Un difícil y pesado silencio entre ambos médicos. Luego, Vardo respiró profundamente, antes de responder:

—Evidentemente, tendrá algo en que basar sus apreciaciones, doctor Collier. Algo sólido y concreto, quiero decir…

—Bueno, ignoro si mi propio criterio resultará lo bastante sólido y concreto como usted insinúa, doctor Vardo, pero profesionalmente, puedo asegurarlo casi con total convicción.

—¿Sin pruebas definidas?

—Sin pruebas definidas, doctor. Lo siento, pero es así.

—Usted sabe que un grupo de psiquiatras, especialmente

nombrados por el Tribunal, resolvió al respecto toda duda legal. Johnson era mentalmente irresponsable. Y eso le libró de morir, doctor Collier.

—Yo no sé si morir es, realmente, dejar de vivir… o ir a parar a un establecimiento como el nuestro —dudó el joven doctor Harvey Collier, de Investigación Patológica.

—Doctor, eso es derrotismo —luego, tras su gesto severo, el doctor Vardo se decidió a sonreír casi amistosamente—. Hablemos en serio, por favor. ¿Cree que los psiquiatras legales se equivocaron?

—Es muy posible, doctor Vardo.

—¿Ha hecho las pruebas analíticas?

—Sí.

—¿El examen de capacidad mental y reflejos?

—Sí.

—¿Las pruebas especiales de psiquiatría?

—También.

—¿Los test de delincuencia subconsciente?

—Todo, señor.

—¿Y…?

—Resultados negativos. Ese hombre responde como una persona sana. Pero es más; como una persona INOCENTE.

Hubo otro silencio en el despacho. El director del centro psiquiátrico del Estado, se mantuvo silencioso, con la barbilla, apoyada pensativamente sobre sus dos manos, unidas una sobre otra, los codos sobre la mesa. Luego, sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Si otra persona me dijera eso, doctor Collier, lo hubiera enviado ya al diablo una docena de veces. Usted lo sabe, ¿no es cierto?

—Claro, señor —admitió Collier, con un suspiro—. Ya lo sé. Pero precisamente por eso insisto en la cuestión. Usted sabe que no acostumbro a hacer afirmaciones gratuitas. No tengo en qué apoyarme. Muchas veces las pruebas resultaron fallidas y los tests, un fracaso total, con auténticos dementes. El loco es siempre listo, muy listo. Creo, honradamente, que una persona demente es el ser más listo imaginable. El más hábil, astuto, solapado y cruel de los humanos, llegado el caso.

—¿Adónde quiere ir a parar con esa disertación digna de una tesis doctoral, amigo mío? —suspiró el doctor Lorimer Vardo, con gesto cansado.

—A ninguna parte, me temo —suspiró Collier amargamente—. Son sólo vagas impresiones. La mirada de ese hombre, su modo de hablar, de obrar… Tiene miedo, eso sí. Miedo a algo, no sé a qué. Quizá a este lugar, a sus culpas, a sí mismo…, o al futuro.

—¿O a algo diferente a todo eso, doctor Collier? —sugirió maliciosamente el doctor Vardo, entornando sus ojos, fijos en su compañero y auxiliar.

—Sí. O algo diferente a todo eso… —aceptó gravemente el joven médico—. Lo que sea, no lo sé. Pero parece un hombre coherente, normal. Y asustado. E inocente de un crimen así…

—Fue probado que acuchilló a una dama con unas podadoras…

—Lo sé. Todo se demostró ante el tribunal. Yo no soy abogado ni policía. Sólo médico. Y expuse una opinión. Me parecería demasiado cruel tener recluido a un hombre que no sólo sea inocente del crimen que se le imputa… sino también mentalmente sano. Y condenado, sin embargo, a convivir entre locos.

—Él está en el lugar a donde fue enviado por la Justicia de Su Majestad. Es suficiente. Debe serlo para mí, como director de este centro. Afuera están los agentes de policía montando guardia. Dentro, los médicos cuidando de los pacientes. Cada uno tiene su tarea, doctor Collier. Hagamos la nuestra, no la de ellos, ¿le parece bien?

—No. No me parece bien —apretó los labios—. Pero soy un médico. Y no dirijo esto, doctor Vardo. De modo que obedeceré sus órdenes.

—Son sencillas: todo seguirá como hasta ahora. No podemos cambiar nada. Si, con el tiempo, Homer Johnson mostrara indicios indiscutibles de lucidez, avisaríamos a las autoridades… sólo para que su Ejecución se confirmase.

—Lo había olvidado. —Collier se mordió el labio inferior, repentinamente serio—. No basta con probar su estado mental correcto. Es preciso demostrar también su inocencia. Y eso sí que no es tarea nuestra.

—No, mi querido amigo —negó lentamente Lorimer Vardo—. No lo es. Celebro que lo haya advertido a tiempo. Ahora, por favor,

trate de olvidar eso… por el bien de nuestro infortunado paciente, loco o cuerdo. A veces, lo importante es conservar la vida, sea como sea…

—Sí —admitió Collier—. Creo que es cierto, doctor Vardo…

* * *

Miedo. Tenía miedo. Y ni siquiera sabía a qué…

Homer Johnson miró a su alrededor. El largo pasillo en sombras aparecía desierto. El pabellón todo formaba una masa inmensa de silencio y vacío. Vacío, a excepción de ellos mismos. Él y los demás.

Contempló las camas. Los cuerpos inmóviles bajo las sábanas. Las luces filtrándose del exterior, a través de los ventanales enrejados. Más allá, jardines, cercas. Y la libertad. La libertad tan lejos…

Respiró hondo. Su frente aparecía empapada en sudor. Miró a todos lados. Los demás pacientes permanecían quietos, dormidos, como auténticos fardos humanos. Estaba solo en su insomnio. Nadie más permanecía despierto. Y, sin embargo…

Sin embargo, había captado sonidos. Extraños sonidos cerca de él. Y había creído vislumbrar sombras… ruidos, roces, proximidad de algo vivo en la sombra.

No podía gritar ni pedir ayuda. No era aconsejable. Una falsa alarma, significaría lo peor. Quizá la camisa de fuerza. O, cuando menos, 3a celda solitaria, hermética, acolchada, allá en el más temido rincón del Centro Psiquiátrico: el pabellón seis.

El sexto…

Todos temían ese nombre. No, el sexto jamás. Era el de los furiosos, el de los incontrolados, el de los pacientes aislados, perdidos en la larga y oscura noche de la demencia total.

Él no estaba loco. Y lo sabía. Pero salir de allí, era ir a la pena definitiva. A la muerte. Era preciso soportarlo. Aceptar el mal menor. Rodeado de locos, sí. Pero vivo. En este mundo. Sería una larga pesadilla. Sin embargo, se decía que pronto sería abolida la pena capital. Ya estaba casi resuelto. Pese a todo, aún no era un hecho. No quería ser la última víctima de una sociedad feroz y falta de piedad.

Giró la cabeza, asustado. Dejó de pensar, de dar vueltas al asunto. Algo más inmediato e inconcreto, más estremecedor y

angustioso, le había arrancado de sus reflexiones íntimas. Sus ojos dilatados se clavaron en la sombra, en la amplia sala, más allá de cuya salida se veía el largo, interminable, blanco y aséptico corredor vacío.

Entonces vio al monstruo.

Exhaló un ronco gemido de horror, de angustia. Hubiera querido gritar. Dar aullidos. El terror bloqueaba su garganta. Y helaba el sudor en su rostro. Pero aun así, sabía que hubiera sido capaz de gritar, de gritar desesperadamente. Pero no quiso hacerlo. No se atrevió. Temía al sexto pabellón. Y a las celdas de castigo, Y las duchas, y las camisas de fuerza…

Pero el monstruo estaba allí. Enorme, silencioso. Avanzaba hacia él. ¡Y penetraba en la sala de los dormidos compañeros suyos!

Era… era algo enorme. Monstruoso. Era… UNA RATA.

Una rata enorme, gigantesca, sucia y repugnante, medio pelada, de hirsutos bigotes, de ojos negros, malignos y brillantes. Husmeaba el aire. Era, al menos, doble o triple que cualquier ser humano. Se deslizaba silenciosa hacia el salón, por el corredor. Un hedor extraño y nauseabundo llegó al olfato de Johnson…

Cerró los ojos, recordando lo que hablaba la gente sobre visiones dantescas de los atacados por *delirium tremens* y cosas parecidas. Lo cierto es que él no bebía nunca. Y ahora, menos que cuando era libre, naturalmente. Allí no había alcohol. Pero esa visión imposible… No había duda. Era su mente. Su imaginación.

Cuando abrió los ojos, estaba seguro de que la monstruosa, inmensa rata no estaría ya allí, Quizá simplemente, su cerebro empezaba a sentirse debilitado por la reclusión forzada.

Ahora sí exhaló un grito agudo, terrible, estremecedor, Todo el silencio tétrico y helado del manicomio, se quebró con su chillido de inmenso horror.

La rata gigante estaba ya dentro de la sala, y se dirigía hacia él, con las fauces babeantes, abiertas, con sus afilados colmillos dispuestos a triturarle, en un festín horripilante e increíble.

Luego, una oscuridad horrenda, fétida y repugnante, envolvió al infortunado Homer Johnson, cuando la boca gigantesca del roedor colosal se cerró sobre él mortalmente…

Su grito, un aullido largo, estridente, inenarrable, rebotó de muro en muro, sin que al parecer, las formas dormidas de sus

compañeros de sala en el Pabellón tercero del manicomio del doctor Vardo, despertaran por ello, ni siquiera se movieran en aquel interminable, lúgubre salón azulado y gélido, donde más bien los cuerpos tapados por las blancas sábanas del hospital psiquiátrico, parecían cadáveres en la espera eterna de la Morgue…

* * *

La Morgue cerró sus puertas con un agrio, tétrico sonido de goznes chirriantes, acaso por la falta de uso continuado.

Ciertamente, el depósito de cadáveres, del hospital psiquiátrico de Reading, no acostumbraba a estar muy concurrido. Esta vez, era diferente. En poco tiempo, por segunda ocasión, un paciente estaba allí dentro. Sin vida. Tendido en una mesa fría de mármol, tapado con una sábana blanca, impresa con las iniciales del recinto:

S. P. C.
State's
Psychiatric Center.

Desde que el doctor Vardo conviniera ese servicio con el Gobierno de Su Graciosa Majestad, así era. El Centro Psiquiátrico del Estado. Para condenados mentalmente enfermos. Para pacientes legales. Y cosas parecidas.

El doctor Lorimer Vardo cambió una mirada fría y triste con el doctor Collier y la joven doctora Lange, de Psiquiatría Legal.

—Ya lo vieron —murmuró roncamente—. Es el segundo paciente que muere en menos de dos meses… No me gusta esto, Collier.

—A mí tampoco —suspiró el joven psiquiatra. Se volvió a su aún más joven colega femenina—. ¿Qué piensa, doctora Lange?

—Creo que está bien claro —la mujer rubia, de ojos verde oscuros, se quedó mirando a ambos con fijeza. Luego, giró con desagrado hacia atrás, mirando a la puerta de la Morgue—. Algo está sucediendo en el sanatorio. Me gustaría saber lo que es.

—¿Qué le hace hablar así, doctora? —quiso saber el doctor Vardo, con voz ronca.

—Todo. Aquella grabación de Stephen Walsh… La muerte de Johnson ahora, víctima de un raro ataque demencial, como si

hubiera visto al mismísimo diablo ante sus ojos, y la muerte hubiese paralizado su corazón de modo brutal. ¿Vieron su gesto de horror, de angustia infinita? Es como si hubiera visto algo que no fuera de este mundo…

—Pero en el hospital no hay nada. El pabellón está bien vigilado. La gente dormía y no escuchó nada. Los médicos de noche tampoco. Nadie se enteró de cosa alguna. Y sin embargo… —Vardo se detuvo, sombrío.

—Sin embargo, señor, Johnson está muerto. De miedo —acusó glacialmente la doctora Evelyn Lange con sequedad—. Lo mismo que murió Walsh… de risa. ¿Tienen algún sentido esas dos muertes, caballeros? Quien me responda, me aliviará de algo que me preocupa profundamente: mi desconocimiento de la naturaleza humana y de la mente del hombre, pese a haberme doctorado en psiquiatría.

Los dos médicos se miraron entre sí, sin comentar nada. Parecía como si la joven, bella e inteligente doctora, hubiera puesto el dedo en la llaga. Lo cierto es que ambos parecían saber muy bien que ella tenía razón. Lo sucedido carecía de sentido. Lo malo es que no podía ser informado el Gobierno de ello, porque ello no resolvería nada. Nadie entendería lo sucedido. Médicamente, era imposible explicarlo también. Y una vez más, el silencio iba a extenderse sobre la muerte de un hombre, paciente de aquel centro.

—¿Va a haber autopsia? —preguntó el doctor Collier súbitamente.

—No —negó Vardo con frialdad—. ¿Para qué? Todos hemos comprobado que su muerte fue natural, aunque los motivos no estén demasiado claros. Se dictaminará muerte por crisis cardíaca. En realidad, fue el corazón también lo que le falló a Walsh, por la razón que fuese. ¿A qué conduciría una autopsia, doctor Collier?

—Sí, es lo que yo me preguntaba —el joven médico se detuvo, mientras Lorimer Vardo, director del Centro, se alejaba hacia el edificio central, con paso lento, parsimonioso.

Se quedaron los dos jóvenes en medio de los amplios jardines, a los que sólo los pacientes más sanos tenían acceso a determinadas horas del día. La doctora Lange se detuvo junto a un árbol. Miró fijamente a Collier. Él parpadeó con gesto preocupado.

—¿Qué le parece el asunto, Harvey? —indagó ella con voz

grave.

—No sé —aludió él—. Me gustaría tener una respuesta, pero… no la tengo. No, no la tengo, seamos sinceros. Pero algo está sucediendo aquí. Evelyn. Me pregunto qué podrá ser ello.

—Sí, yo también me lo pregunto… Pero no podemos hacer nada. Ni siquiera informar a la policía, amigo mío. Porque lo cierto… —Evelyn Lange sonrió amargamente—. Lo cierto es que no tenemos el menor indicio, la más pequeña base… para denunciar algo irregular aquí dentro.

—No, No tenemos nada, Evelyn —el joven doctor Collier tomó a su colega femenina por los brazos—. Y, sin embargo, ambos sabemos que algo está sucediendo. Algo que nos mata a los pacientes, sin explicación lógica.

—Lógica… —musitó ella con voz sorda, bajando su rubia cabeza y mirando al suelo de bien cortado césped—. ¿Existe la lógica entre los locos? ¿Existe siempre entre los humanos?

—No, no siempre, Evelyn. Pero me gustaría saber qué está sucediendo aquí ahora…

—Y a mí también, Harvey. Y a mí también… Pero no podemos hacer nada ninguno de los dos. Sólo la policía podría hacerlo. Y ni siquiera en ese sentido nos es posible denunciarles lo que aquí sucede. Porque, oficialmente, en definitiva…, no sucede nada.

Y los dos se miraron en silencio. Impotentes. Como vencidos. Como sin salida.

## Capítulo II

—Oficialmente, amigos míos…, no sucede nada. Absolutamente nada.

—Pero dos hombres han muerto.

—Sí. Dos hombres han muerto. Y su muerte no puede explicarse en absoluto.

—Existirá una autopsia… Y más, estando rodeados esos pacientes de médicos y especialistas.

—Ahí está a veces lo peor. Demasiados médicos. Demasiados especialistas, Archie. Es un centro psiquiátrico del Gobierno, no lo olvides. Tienen ciertos privilegios. Entre ellos, pueden extender simplemente un certificado de defunción y sepultar el difunto sin más trámites. Algo que no podría hacerse en circunstancias normales. Algo que, sin embargo, se hace también en prisiones del Estado y sitios parecidos, con un simple certificado del forense celular a quien nadie exige cuentas, a menos que exista un gran escándalo que rebase los cauces habituales.

Los tres jóvenes permanecieron un momento en silencio. La conversación tenía lugar en aquel estudio alegre, juvenil y confortable, con vistas amplias al Támesis.

El mayor de los tres era precisamente el llamado Archie. Y no pasaría de los treinta años, si es que había llegado ya a ellos. Era alto, espigado y rubio, de rostro anguloso y ojos claros. Poseía un singular parecido con el elemento femenino del trío, también rubia, alta, de ojos azules, aunque más oscuros que los de él, larga melena suave y lisa, hasta los hombros, figura enjuta y alta, de caderas acentuadas, nalgas prominentes y pechos firmes, que el pantalón ceñido realzaba adecuadamente, lo mismo que su blusa de color desvaído y escote acentuado, que denunciaba la ausencia da corpiño bajo el tenue tejido estampado.

El tercer personaje era muy diferente a los otros dos. Más joven que el rubio, menos adolescente que la chica, de cabello oscuro, rebelde y agresivamente revuelto, ojos marrones, duros y fríos, boca enérgica y una hendidura profunda en la barbilla, que la partía en dos virtualmente. Aunque era tan joven, su gesto revelaba madurez y decisión. Y todo su ser, una inquebrantable y dura energía. Vestía tradicionalmente, un temo gris y corbata, pero su corte era moderno, ágil y juvenil.

—Víctor, no me gusta cuando muere alguien de modo oscuro y no existe una autopsia que aclare las cosas —manifestó el alto y enjuto Archie.

—A mí tampoco, Archie —convino el joven moreno y combativo —. Pero así son las cosas. Un certificado médico de esa gente, dentro de su establecimiento, es definitivo. Intentar algo más es tabú. Incluso en nuestro Departamento. El comisario Burke así lo ha comentado ya cuando hablamos de ese asunto, tú lo sabes.

—Sí, conozco bien a Burke. No se saldría de su rutina por nada del mundo. ¡Pero diablos, Víctor, Scotland Yard está lleno de rutina a veces! Preferiría que fuéramos algo menos conservadores en nuestros métodos.

—No se puede ir contra la corriente, muchacho —rió de buena gana Archie Fletcher, inspector de la Brigada Especial de Scotland Yard—. Recuerda que somos un pueblo defensor de nuestras más preciadas tradiciones. Eso reza también con la policía, no lo dudes.

Ambos se echaron a reír. Ella les coreó de buena gana, tirándose cuan larga era en el sofá situado bajo el tragaluz de grandes vidrieras del pequeño estudio bohemio, situado en aquel punto de Chelsea.

—Tenéis mentalidad de policías, no hay duda —suspiró cansadamente—. Sois una pura institución. Y, como todas las instituciones, estáis apolillados y polvorientos los dos. Mi hermano y tú, Víctor.

—Sharon, por Dios… —protestó el inspector Víctor Ryan, de la misma Brigada de Archie Fletcher—. Siempre dije que el Cuarto Poder era a veces excesivamente anárquico y revolucionario en sus conclusiones. ¿Sabes que constituyes un peligro para la grandeza misma del Imperio Británico?

Volvieron a reír, mientras la joven Sharon Fletcher, hermana del

inspector Archie Fletcher, de Scotland Yard, bostezaba con aburrimiento y ponía un disco en el plato del estéreo. La voz de un cantante moderno invadió el recinto. Miró ella a sus dos compañeros de reunión casi aviesamente.

—En conclusión: os he señalado un hecho cierto. Y vosotros aceptáis como buenas las normas establecidas, ¿no es cierto?

—Sharon, tú hablas como simple periodista —protestó su hermano Archie—. En cambio, Víctor y yo somos policías. Necesitamos evidencias, no comadreos de página de chismes. Estoy de acuerdo en algo, hermana: el escritor loco, Stephen Walsh, recitó una de sus obras al magnetófono y murió de un ataque de hilaridad epiléptica, que le provocó un colapso, según el informe oficial de los médicos del sanatorio del doctor Vardo. Admito que suena raro, pero dado su perfil psicópata, pudo suceder. Y eso figura también en el informe remitido de Scotland Yard.

—Muy bien. Stephen Walsh, poeta y escritor loco, lee una de sus obras delirantes, y se ríe hasta morir. Nada a objetar sobre eso salvo un detalle que a todos parece haber escapado, Archie —protestó su hermana vivamente. Se irguió, señalando a Archie Fletcher con rígido dedo índice, realmente acusador—. ¡Olvidas ya el detalle de que Stephen Walsh había perdido su memoria cuando fue ingresado en el manicomio de Reading!

Se formó otro silencio espeso, pesado, como una pelota de grasa, O como la niebla densa y aplastante que iba formándose allá, tras las vidrieras, sobre el Támesis y sus orillas.

—Touché —aceptó Víctor Ryan en un francés lamentable—. Sharon ha dado esta vez en el blanco, Archie. ¿Qué puedes decir a eso? Clínicamente, Walsh no podía recordar una sola palabra de sus libros… puesto que ni siquiera recordaba al ser declarado enfermo mental que era escritor… Amnesia total. Y esquizofrenia peligrosa. Ese dictamen figura en mi *dossier* del caso. ¿Algo que objetar?

—Nada por el momento. —Archie Fletcher alzó sus brazos—. No me bombardeéis de ese modo. Yo no soy el Ministro de Justicia. Ni siquiera el Director de Scotland Yard o el inspector jefe de la Brigada Especial. Admito que hay algo raro en el final de Walsh, pero clínicamente, nadie niega que una amnesia total pueda curarse de repente. Y cito textos médicos, mis queridos amigos. ¿Alguna objeción? —Imitó, burlón.

—Sí, una —saltó Víctor con rapidez—. Tu hermana dice que Homer Johnson siempre le pareció un hombre no sólo inocente de su crimen en la persona de la señora Slattery… sino mentalmente sano, aunque su abogado se aferrara como un loco a esa posibilidad para evitarle una condena a muerte. Sin embargo, Homer Johnson muere víctima de una crisis cardíaca, producida por el miedo. Es el dictamen oficial del doctor Vardo y del doctor Collier, del manicomio de Reading. Miedo producido… ¿por qué? Eso, sólo lo puede saber el amigo Johnson. Y él está muerto. Sus gritos fueron oídos a distancia. Acudieron, y ya había agonizado. Sus compañeros de sala nada vieron ni oyeron. Ni apenas los gritos del propio Homer, para ser exactos. En resumen: el gesto del fallecido paciente, hace suponer que vio algo espantoso. Algo que nadie salvo él pudo ver. ¿Alucinaciones? ¿Demencia? Tal vez lo fuese, Archie, pero lee esto, te lo ruego. Es un simple anónimo pero… léelo.

Sacó algo del bolsillo de su chaqueta. Lo entregó al rubio Fletcher. Su compañero leyó la hoja mecanografiada apresuradamente, por una máquina en la que parecía ostensible el desnivel repetido de la letra F, y la parte superior borrada de la letra A:

> «Fallecido Homer Johnson. Soy un miembro del personal médico de este centro. Creo que el paciente era normal. No estaba loco. Permitan que no firme ni me identifique. Es peligroso tal vez. Pero creo que algo sucede aquí dentro. Algo siniestro y horrible. Parece una fantasía pero… juraría que son dos asesinatos».

Eso era todo. Ni una palabra más. Ni una firma, por supuesto. Archie lo estudió, arrugando el ceño. Se lo devolvió a Victor Ryan.

—¿Dónde recibiste esto? —quiso saber.

—Alguien lo envió a la Brigada. A mi nombre, personalmente —sacó otra pieza de papel. Un sobre rasgado, con sellos y matasellado. Lo mostró a su compañero y colega—. Mira eso. La misma máquina para mi nombre. Y observa el matasellos: Reading.

—Reading es una ciudad bastante grande. ¿Has comprobado ya si…?

—Lo he comprobado. Procede de la estafeta más próxima al

manicomio. Pero no del propio manicomio, que tiene su buzón y estafeta especial… Quien lo envió, tuvo miedo de que el mensaje fuese interceptado, Archie.

—Sí, ya veo…. —Fletcher arrugó el ceño, devolviendo también el sobre a Victor—. ¿Has informado al inspector Burke de eso?

—No. Ni a nadie. Llegó esta mañana. Por eso te pedí hablar esta tarde aquí, todos juntos. Hay algo en el asunto que no me gusta lo más mínimo.

—Oficialmente, poco podréis hacer —señaló Sharon, meditativa —. ¿Puedo publicar eso en mi columna de mañana, Victor?

—Claro. —Ryan se volvió a ella, ceñudo—. Y de ese modo, que haya una tercera víctima dentro del manicomio: él autor del anónimo, ¿no es cierto, preciosa?

—¿Tan grave crees que pueda resultar ese mensaje para su autor?

—De momento, trata de ocultar por todos los medios posibles su identidad. Después, tenemos sus propias palabras. Hay peligro allí dentro. No sé qué clase de peligro, pero imaginad un manicomio herméticamente cerrado, del que nadie puede escapar, asomar al exterior, pedir auxilio a nadie… Donde quien grite o proteste será considerado un loco furioso. Donde quien intente evadirse, irá a parar a una celda de castigo o, tal vez, a una camisa de fuerza… En ese mundo de pesadilla, ¿de qué serviría saber algo, si no puede comunicarse al exterior?

—No estamos en la Edad Media, Victor —protestó Archie Fletcher airadamente—. Los médicos y enfermeros son personas civilizadas y honestas…

—Es posible. Pero existe un rígido régimen interno. Una predisposición total a suponer sano a cualquier huésped de ese Centro… Imagina allí dentro a un loco… o a un médico, capaz de matar. ¿Qué sucedería? La impunidad total le encubriría, no lo dudes.

—Matar… —dudó Archie, escandalizado—. Hablas como si dentro de un manicomio del Estado pudiera haber un asesino en libertad. Como si aquello fuese un coto cerrado para un criminal impune.

—Quizá lo sea, Archie. Quizá lo sea —murmuró apagadamente Victor Ryan, bajando la cabeza y encaminándose al mueble-bar

para servirse un scotch con hielo.

Los tres jóvenes permanecieron un momento silenciosos, escuchando música en el estéreo. Sólo unos momentos más tarde, fue Sharon quien habló muy despacio, con gesto abstraído:

—Lo cierto es que no hemos llegado a ninguna conclusión práctica. Pero dos hombres han muerto ya en la clínica del doctor Vardo. Y nosotros discutimos… sin pensar siquiera en la posibilidad de que, de ser cierto lo que Victor comenta… podría haber una tercera víctima. Y más aún…

—Oh, sólo falta que tú te pongas de su lado —protestó su hermano Archie con disgusto—. Comprendo que te atraiga la idea de vender más ejemplares de tu periódico gracias a tus informaciones sensacionalistas, Sharon, pero jugar con algo como el prestigio de un establecimiento del Gobierno, es sumamente peligroso. Sobre todo, cuando no existe evidencia alguna al respecto. ¿Qué tenemos? Una serie de teorías, dos muertes raras pero plausibles y… un anónimo que no posee valor legal alguno. Sharon, ¿quién supones que podría morir ahora en ese lugar? ¿Otro paciente tal vez? ¿Un tercer loco encerrado allí?

—Quizá, Archie —su hermano se encogió de hombros, siguiendo la música con movimientos lánguidos de su cuerpo—. Quizá. Pero ¿por qué no pensar en otra posibilidad aún más inquietante?

—¿Cómo por ejemplo? —sugirió Víctor Ryan, animado ante el apoyo que ella hacía de sus aparentemente disparatadas teorías.

Los ojos azul oscuros de Sharon y las pupilas color café de, Víctor Ryan se encontraron con significativa expresión preocupada. Ella murmuró, acurrucándose sobre sí misma, sus brazos rodeando sus piernas, las manos largas y esbeltas sobre las rodillas:

—Como por ejemplo… alguien entre el personal del hospital. Acaso… acaso el propio autor de ese anónimo…

—¡Sharon! —se alarmó bruscamente Víctor Ryan, abriendo sus ojos con sobresalto—. ¿Qué es lo que dices?

—No sé… Es una simple corazonada… Dios quiera que no se lleve a efecto.

Los dos jóvenes policías, Archie Fletcher y Víctor Ryan, cambiaron una instintiva mirada de incertidumbre y temor. La música seguía sonando en el estéreo. Pero al ir a tomar un sorbo de su vaso, a la muchacha se le fue éste al suelo.

El estallido de vidrios y el líquido derramándose por la alfombra, no le pareció a ninguno de los dos agentes de Scotland Yard un buen augurio, de cara a las próximas fechas. Ni de cara al extraño asunto del manicomio de Reading…

* * *

Tal vez había sido un error, pensó con preocupación.

Aquel mensaje enviado días antes a Londres… Cierto que tomó sus precauciones, que no pudo nadie advertir su maniobra, pero…

Pero ¿había hecho bien en arriesgarse tanto? ¿Merecía la pena hacerlo, teniendo el cargo que tenía dentro del establecimiento psiquiátrico? Si alguien llegaba a enterarse allí de su acción…

No sólo temía la forma de reaccionar del doctor Vardo, como director del establecimiento. Temía algo más. A alguien más…

Alguien que ni siquiera sabía quién podía ser. Pero que estaba allí dentro. Cerca de él. Una persona capaz de entregar a Stephen Walsh una copia de su libro maldito, del volumen demencial que escribiera en una de sus crisis y que le hiciera enloquecer de modo definitivo, quizá porque ya estaba rematadamente loco al escribirlo… Y Walsh, recuperado súbitamente de su amnesia, recitó, leyó aquel texto, cayendo en una crisis profunda, escalofriante, entre risas histéricas, desgarradas, que causaron su crisis cardíaca…

Alguien capaz de volver loco de miedo a un acusado de homicidio como Homer Johnson, y provocarle también la muerte.

Sí. Sabía… creía saber parte de la verdad. Sólo parte. Le faltaba lo más importante en realidad: el nombre, la identidad del culpable. Y la forma de producir esas muertes. Y las razones.

Sobre todo, las razones. ¿Acaso demencia? ¿Existía un loco superior a todos los demás, un ser demoníaco que aborrecía tanto a los demás habitantes del manicomio como para provocar su muerte?

Dejó de pensar en todo eso. A fin de cuentas, estaba de guardia. Era una noche de servicio, y debía preocuparse más por los pacientes, por la normalidad del pabellón, que por sus propios problemas personales, provocados por aquel envío, quizá precipitado, de un anónimo a Scotland Yard.

Giró la cabeza a ambos lados. El puesto de guardia, en el largo corredor blanco, luminiscente, aséptico y frío, era habitualmente

acogedor. Allí estaba en las noches invernales el radiador confortable. Y en verano, el clima fresco del acondicionador eléctrico. Junto a él, la centralilla del pabellón, el bloc con los nombres de los pacientes, de los doctores de servicio, de los cuidados a tener en cuenta…

Todo quieto. Silencioso. Tranquilo. Parecía ridículo preocuparse, temer por algo. No, no tenía mucho sentido inquietarse. La noche transcurría apacible, nadie le molestaba. El doctor Collier era el de turno, el enfermero Talbot el de servicio. Al llegar las primeras horas del amanecer, la bonita enfermera Gordon entraría a suplir a Talbot, y él sólo tendría ya un par de horas de guardia.

Sus ojos se animaron al pensar en Vicky Gordon, la enfermera. Incluso cerró la revista ilustrada, rica en fotografías a todo color, de damas en un mínimo de prendas sobre sus cuerpos exuberantes. La enfermera Gordon…

Suspiró. Ella sí que era exuberante. No había visto mujer de curvas parecidas. Le obsesionaba recordarla, con su uniforme verde suave, ceñido a sus pechos magníficos y a sus caderas.

Toda una hembra. Una pelirroja impresionante. Sólo había visto algo parecido en los dibujos eróticos, nunca en la realidad. Así era Vicky Gordon.

Se enjugó el sudor. El recuerdo de Vicky había logrado alterar su pulso. Y su serenidad habitual. El reloj, sobre su cabeza, en el muro, emitía su eléctrico
tic-tac
implacable. Lo miró, tratando de olvidar las formas mareantes de Vicky Gordon.

Las cuatro y diez minutos ya. Era tarde. Muy tarde.

Trató de volver la atención a las fotografías voluptuosas del magazine. Cosa rara. No logró centrar su atención en las chicas fotografiadas.

Aquel
tic-tac…
¿O no era ese
tic-tac?

De súbito, tuvo la intuición extraña de que había otro reloj cerca. Y no podía ser el suyo, porque apenas si emitía ruido. Tomó un sorbo de su limonada, casi caliente ya, situada ante la centralilla.

El suave zumbido del teléfono y el parpadeo de una luz roja en el cuadro de la centralilla, le sorprendió. A menos que se tratara de una urgencia, nadie llamaba a esas horas.

Pulsó un botón de conexión con la línea general, y se aplicó auricular y micro.

—Pabellón dos —dijo roncamente—. ¿Quién llama?

Se le erizaron los cabellos. Al otro lado del hilo, solamente sonó una risa larga, espeluznante. Nunca había oído reír a nadie de ese modo. Luego, un silencio tenso, agobiante.

Miró el auricular casi con temor, despegándolo de su oído. No llegaba ruido alguno ahora. Apremió con voz áspera, exigente:

—¡Vamos, hable! ¿Quién llama? Aquí Walt McCarthy, de servicio en pabellón dos.

El silencio proseguía. De pronto, sonó de nuevo la risa. Larga, sibilante, maligna. McCarthy notó que su nuca se quedaba helada y sus cabellos se ponían tiesos de súbito. El sudor se hizo frío en su piel. Y luego, la voz extraña, horrible, susurrante, jadeó al teléfono:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué, Walt McCarthy?

—¿Qué… qué está diciendo? —Farfulló, lívido como un muerto, apretujando convulsivamente el teléfono—. ¿Quién es? ¿De dónde llama? ¿A qué se refiere? ¿Qué hice yo?

—Tú lo sabes, McCarthy. Tú lo sabes bien —recitó la voz roncamente, con un tono espeluznante e indescriptible—. Lo siento por ti. Lo siento. Tendré que enviarte a mis leales contra ti. ¡Atacad! ¡Destruid a McCarthy, amigos míos! ¡Matadle!

Y la risa sonó de nuevo, aguda, estridente, demoníaca casi, hasta que un brusco y seco «clic» detuvo la comunicación.

Alucinado, miró el cuadro de la centralilla. Antes de desconectar la línea, comprobó su origen. Buscó qué pabellón llamaba.

Esta vez sí que sintió hielo en su piel, en sus venas. El escalofrío subió por su espina dorsal. Con el pelo erizado por el terror, captó el origen de la llamada:

—¡La Morgue! —gimió—. ¡No, no es posible! De noche… de noche no hay nadie de guardia en el depósito de cadáveres del hospital.

Luego, el extraño roce y el estertor lento, ronco, continuado y horripilante, surgió a sus espaldas, en el desolado corredor vacío, en la noche silenciosa y hueca del pabellón de servicio.

McCarthy, jefe de servicios sanitarios, de guardia aquella noche en uno de los pabellones más tranquilos del establecimiento, no pudo evitar mover la cabeza, girarla hacia el origen de aquel sonido espeluznante, casi inhumano…

Un alarido de horror sin límites escapó de sus labios. Saltó de su asiento, dejando caer su silla, la revista ilustrada, el vaso de limonada casi vacío. Sonó el golpe del mueble, el impacto de los vidrios al quebrarse…

—No, no… ¡No! —rugió, alucinado, incrédulo—. Esto no… ¡no es posible!

Retrocedió paso a paso, mientras aquellas figuras dantescas se movían hacia él, incorpóreas, como flotando, sobre el pasillo… pero monstruosamente desfiguradas, convulsas, con su gesto crispado y horrendo.

Se precipitó sobre el teléfono, puso una clavija al azar, gritó por el micrófono, con voz descompuesta, desorbitados sus ojos por el pánico:

—¡Socorre! ¡Acudan pronto, aquí! ¡Los muertos… LOS MUERTOS vienen a mí, me acosan…! ¡Han llamado de… de La Morgue…! ¡Y ahora ellos están aquí…! ¡Los muertos…!

¡Ayudadme, por caridad…! ¡Son ellos dos…! ¡Stephen Walsh y Homer Johnson…! ¡Por Dios, ayuda, ayuda…!

Pero soltó el teléfono sin esperar respuesta. Se quedó el guiño rojo de la llamada en contacto, cayó auricular y micrófono al suelo, y las sombras monstruosas, los cuerpos rígidos, espectrales, de facciones deformes, casi en descomposición ya, de ojos sin color ni expresión, de manos descarnadas, de engarfiados dedos purulentos, llegaron más y más cerca de McCarthy.

El enfermero, enloquecido por el terror, echó a correr desesperadamente hacia el fin del pasillo. Tras él, con su roce ominoso, con sus pisadas fantasmales, los muertos fueron en pos de él, inexorables…

McCarthy había sido siempre un hombre consciente, frío y resuelto. Sin embargo, esa noche su terror fue superior a toda posible voluntad y razón.

Cuando se arrojó por el hueco de la escalera, su grito espantoso desgarró la noche en silencio de la clínica psiquiátrica. Cuando llegó abajo, su cuerpo produjo un choque sordo, áspero,

estremecedor. Su cabeza se hizo pulpa sanguinolenta contra el pavimento de baldosas del sótano.

En la centralilla, un parpadeo rojo continuaba, ininterrumpido. En el corredor, no había nadie. Los muertos no estaban ya. El silencio y la soledad eran amos y señores del manicomio del doctor Vardo.

# CAPÍTULO III

El comisario Dennis Burke contempló severamente a su subordinado. Luego dejó caer el informe sobre su mesa con desgana, casi con frialdad.

—¿Habla en serio, Ryan? —preguntó con voz dura, incisiva.

—Muy en serio, señor —afirmó secamente Victor Ryan—. Creí que eso podría ser una prueba de cuanto afirmo.

—¡Una prueba! —El comisario-jefe de Scotland Yard, en su Brigada Especial, Dennis Burke, pegó una brusca palmada sobre su mesa de trabajo, tirando a un lado el informe preparado minuciosamente por Ryan—. ¿Pero es que es usted quien se ha vuelto loco y necesita una plaza en ese manicomio, inspector? Es lo más grotesco y disparatado que oí jamás… Usted… usted afirma aquí que pueden haberse cometido tres asesinatos entre esos muros. ¡En un establecimiento del Gobierno, precisamente!

—Eso es lo que digo, señor.

—Pero… pero, Ryan, ¿se da cuenta de lo que dice? Un manicomio estatal, adonde son enviados reclusos desequilibrados, personas sometidas a observación psiquiátrica… Una institución honorable y digna, puesta en solfa por… por una memez sin sentido. Habla usted de dos pacientes muertos extrañamente. El uno de risa… ¡y el otro de miedo! Y ahora, no contento con eso… ¡sostiene que un funcionario del establecimiento ha sido muerto por medio del terror, precipitándole al suicidio durante su servicio nocturno!

—Exacto, señor —el gesto de Victor Ryan, pese al sarcasmo evidente de su jefe, no se descomponía lo más mínimo—. Eso es lo que redacto en mi informe.

—Su informe sería un hermoso motivo para que alguien escribiese una historia de crímenes capaz de eclipsar a nuestras

glorias del género, inspector Ryan. ¡Pero Scotland Yard no le paga para que redacte novelas policíacas, sino para que sea un policía en la vida real, y tenga siempre sus pies en el suelo, maldita sea!

—Lo siento, señor. Tal vez no debí redactar ese informe.

—Exacto. Es lo único sensato que he oído de sus labios últimamente —declaró con cierta satisfacción su jefe. Tomó de nuevo el informe mecanografiado y, sin dignarse siquiera dirigirle una sola ojeada más, lo rompió en pequeños pedazos, que arrojó displicente a su papelera. Malhumorado, levantó los Ojos hasta Ryan—. Inspector, me haré la idea que no he leído eso siquiera. Es algo que hago en su favor, simplemente. No, no me lo agradezca, muchacho. Pero márchese pronto de aquí… y tómese unas vacaciones. Creo que las está necesitando. Diga al comisario Lennox que le extienda un permiso especial por una semana. Salga de Londres, de la contaminación y de todo esto. Y olvídese, por favor, del manicomio de Reading y todo lo demás. Por el momento, es sólo un ruego. Pero si insistiera en ello… ¡sería una orden! ¿Lo ha entendido bien, inspector Ryan?

—Sí, señor —con disciplina, con fría expresión, Ryan saludó a su jefe. Luego, se encaminó a la salida. Y antes de cerrar la puerta tras de sí, aún aventuró un comentario que tuvo la virtud de enfurecer decisivamente a su jefe—: pero… ¿por qué el enfermero McCarthy aseguró que le habían llamado desde La Morgue, y que «los muertos» iban hacia él? Y eso sucedía antes de arrojarse por el hueco de la escalera, matándose…

—¡Fuera! —Rugió Dennis Burke, exasperado—. ¡Fuera, Ryan, y no vuelva con esa maldita historia, o haré que le expulsen de Scotland Yard!

* * *

—Una semana de permiso especial —silbó entre dientes Archie Fletcher, devolviendo a su joven colega el papel firmado por el inspector-jefe Lennox, confirmando tal hecho—. Muchacho, a eso le llamo yo tener suerte. No sé si irle a Burke con otra historia sobre ese manicomio, para que me conceda otras vacaciones a mí también.

—No te lo aconsejo —suspiró Victor Ryan con amargura—. Lo más probable es que pidiera tu baja del servicio activo, tal como

está ahora con ese asunto… Es un obstinado, un cabezota. ¿Sabes lo que me dijo Lennox al firmar mi permiso?

—No, pero me lo figuro —rió entre dientes Archie.

—Dijo, exactamente, que Burke era un imbécil y que, posiblemente, puesto que él afirma que no ocurre nada en ese manicomio, es probable que aquello se haya convertido en un matadero de seres humanos.

—¿Y tú qué crees?

—No digo, tanto, Archie, pero… recuerda lo que hablamos Sharon, tú y yo, hace sólo cuatro días, en el estudio de Chelsea… —Miró a su alrededor, en torno a ambos, como si la mesa de la *pub* pudiera estar rodeada de espías, en vez de distraídos bebedores de cerveza—. Ocurre algo en esa clínica, podría jurarlo.

—Sabes lo que pienso al respecto. —Fletcher sacudió la cabeza, con aire pensativo—. Pero no soy tan cerrado como Burke. Tú dices que ha muerto un hombre. Un enfermero, jefe de servicios, durante una guardia nocturna.

—Claro, Walt McCarthy. Llevaba varios años en ese establecimiento. Tenía acceso, sin duda, a las oficinas. Recuerda que usaron una máquina de escribir para mi anónimo. Con una letra A mordida en su parte superior, y una letra F desnivelada… Pudo ser él o no, pero lo cierto es que esperábamos otra muerte… y se ha producido. La dirección del manicomio no puede ocultar lo ocurrido, y ha dado información oficial rutinaria de los hechos. Un relato breve en la Prensa, que habla de un desgraciado accidente; un hombre cae por la escalera en sus horas de servicio. Es todo cuanto se publica, por supuesto.

—Ya. Pero tú sabes más detalles, al parecer. Según tú… ese hombre dijo que le habían llamado a su centralilla… desde el depósito de cadáveres del hospital. Y luego gritó que los muertos iban hacia él. Después apareció muerto al fondo de la escalera. ¿Cómo supiste todo eso?

—Muy sencillo —suspiró Victor Ryan—. Existe alguien que acaba de denunciar los hechos ocurridos allí, de un modo puramente oficioso, pero quizá eficaz, si todo resulta.

—¿Una denuncia? ¿Quién? —preguntó, asombrado, Archie Fletcher.

—Una mujer. La doctora Evelyn Lange.

* * *

—¿Doctora Evelyn Lange?

—Sí. Yo misma, señor Fletcher.

—Es usted muy joven… y muy bonita, la verdad —suspiró Archie Fletcher, cortés, pero sincero, inclinándose ante ella—. La verdad, no pensé que una doctora en psiquiatría fuese así…

—Exactamente, doctora en Patología Legal —le rectificó ella con una sonrisa—. Inspector Fletcher, lo cierto es que tampoco usted ni su amigo, el inspector Ryan, parecen miembros de Scotland Yard. Se les ve muy jóvenes, muy deportivos.

—Bueno, podríamos enseñarle a muchos colegas nuestros que distan mucho de ser así, y que representan lo más tradicional y ortodoxo de nuestra institución —rió de buen grado Archie—. Pero no valdría la pena que los conociera, doctora. No se pierde nada con ignorar su existencia, puede creerme.

—Es lo mismo que ocurre en nuestra profesión —aceptó ella, riendo—. Salvo el doctor Collier y yo, todos los especialistas del sanatorio de Reading son harto maduros y poco atractivos…

—Bien, dejemos todo eso, doctora. —Fletcher la miró gravemente—. Tengo entendido… Tengo entendido que usted ha hecho una denuncia al inspector Ryan… sobre la muerte del enfermero-jefe McCarthy.

—Es cierto. No es una denuncia formal. No puedo hacerla, o mis colegas, empezando por el propio doctor Vardo, iniciarían contra mí un expediente disciplinario. Tenga en cuenta que no poseo la menor prueba contra nadie, que ni siquiera puedo demostrar que McCarthy se mató por esa llamada de La Morgue, por esa visión dantesca y horrible de unos cadáveres que iban hacia él.

—Doctora Lange, respetaré su discreción profesional, pero ¿cómo supo que McCarthy dijo esas cosas antes de morir? ¿Hubo algún testigo de su muerte, en realidad?

—No, ninguno —suspiró la joven psiquiatra—. Hacía guardia en el pabellón dos, que es uno de los más tranquilos. Allí internamos a los pacientes que ingieren drogas, barbitúricos y cosas así. Es un pabellón estrictamente de observación psiquiátrica. McCarthy estaba totalmente solo. Pero llevado por su terror, utilizó la centralilla telefónica. Llamó al pabellón seis, no sé si intencionadamente o no. En él estaba de guardia una joven

enfermera que tenemos, muy atractiva por cierto, inspector Fletcher, ya que parece usted sensible a tales cosas. Se llama Vicky Gordon. Ocupaba ese servicio por enfermedad de la titular, ya que Vicky Gordon debía ser quien supliera en su guardia a McCarthy, pero iba a ser otro enfermero quien le relevara, de haber ido todo bien… Bueno, lo cierto es que la enfermera Gordon recogió su llamada. En el pabellón seis, y en algunos otros, se registran en grabación magnetofónica todas las llamadas interiores. De modo que las palabras de McCarthy quedaron grabadas allí.

—Cielos, eso es muy interesante —jadeó Fletcher, con ojos brillantes—. Me gustaría escuchar esa grabación.

—Lamento que eso no sea posible, inspector —declaró ella amargamente—. Tenga en cuenta que el doctor Vardo teme que el régimen interno se resquebraje, si se llega a correr la voz, entre los pacientes, de que uno de sus enfermeros se volvió loco. Creo que la grabación ha quedado destruida o, cuando menos, fuera de circulación. No hay evidencias ya de cuanto dijo el enfermero antes de morir.

—¡Pero eso es ocultar pruebas a la policía! —clamó Fletcher—. Un grave delito, doctora…

—Ahora lo sabe usted. Y lo sé yo. ¿De qué valdría mi palabra, si el doctor Vardo y todos los demás niegan que esa grabación exista, inspector? Para ellos, no es deshacerse de una prueba, sino evitar un caos interno. El régimen especial de ese establecimiento les permite obrar así. Créame, no tendría ninguna posibilidad de prosperar una denuncia formal mía. Por eso le hablo a título privado, por si esos informes les pueden servir de algo en el futuro.

—El futuro… —Archie Fletcher clavó sus azules ojos en la bella doctora—. ¿A qué futuro se refiere, doctora Lange? ¿Qué está dando a entender con sus palabras, para ser más exactos?

—Es bastante sencillo, inspector —ella bajó su rubia cabeza con gesto preocupado, y sus dedos ágiles tabalearon sobre la mesa—. Le seré muy sincera; Tremendamente sincera. Tengo miedo.

Archie Fletcher la contempló fijamente. Su mirada reveló incertidumbre. Trató de ser persuasivo:

—Miedo… ¿Usted, doctora? Pero miedo… ¿a qué? ¿A quién?

—Si lo supiera… —musitó ella amargamente. Sacudió la cabeza en sentido negativo—. No tengo la menor idea, inspector, pero lo he

dicho desde un principio. Hay algo horrible, algo diabólico en ese manicomio. No sé si procede de los propios locos o de nosotros mismos, pero ya las muertes de Walsh y de Johnson no estuvieron nada claras. Ahora ha llegado la de McCarthy. ¿Quién puede ser el próximo, inspector Fletcher? Tal vez cualquiera. Otro enfermero, otro enfermero o hasta un médico… que podría ser yo misma. ¿Comprende ahora a qué tengo miedo?

—Sí, doctora. Lo comprendo muy bien. Pero no podemos hacer nada por usted. Ese recinto es tierra prohibida para nosotros, en tanto no sea el propio doctor Vardo o una mayoría del Consejo de Administración quien reclame la intervención de Scotland Yard en sus asuntos internos.

—Lo sé. No he venido a denunciar lo que me preocupa en demanda de ayuda —ella se incorporó con aire digno, arrogante—. Sólo me gustaría saber qué está ocurriendo. Porque de algo no hay duda: lo que sea… ocurre realmente. Y me pregunto adónde conducirá. Pero eso sí, inspector Fletcher, Por favor, no diga a nadie que yo vine a verle con esta información. Especialmente, al doctor Vardo o al personal del sanatorio.

—Descuide, doctora. Por mí, nadie sabrá nada. Pero si algo le sucede a usted, si corre algún peligro y vuelve a sentir miedo… no dude en llamamos. En cuanto formule una denuncia oficial, intervendremos. Ocurra lo que ocurra.

—Gracias, inspector —la doctora Lange le miró con gratitud. Sus ojos dorados centellearon vivaces, llenos de simpatía—. Estaré en contacto con ustedes, sea como sea. Si algo más sucede entre aquellos muros… se lo comunicaré. Sea como sea, lo haré.

—Gracias. Es suficiente, puede creerme. Al menos, por el momento.

* * *

—Se estarán preguntando por qué les he reunido hoy aquí, ¿no es cierto?

Hubo un profundo silencio en la pequeña sala de reuniones del pabellón tres. Todos se miraron entre sí, antes de centrar su atención en el doctor Vardo, presidente de la reducida asamblea, y único orador hasta entonces.

—La verdad… sí —afirmó rotundamente el joven doctor Harvey

Collier—. Hay bastante trabajo, para que perdamos el tiempo con esta asamblea, si no se va a hablar de algo realmente serio.

—Es que es realmente serio —replicó secamente Lorimer Vardo —. De ello puede depender el futuro de nuestra entidad. Y de todo cuanto ella significa, de cara a las personas enfermas mentalmente que confían en nuestros métodos terapéuticos. Señores, ustedes saben que, últimamente, han sucedido cosas extrañas en nuestro sanatorio, sería ridículo ocultar que estoy tan preocupado e inquieto como puedan estarlo ustedes.

—Menos mal —suspiró la doctora Lange, con tono apacible—. Creí que preferían ignorarlo todo y esconder la cabeza como los avestruces.

—No, doctora. —Vardo la miró seriamente—. Nada más lejos de mi ánimo, Al principio, con la muerte de Walsh, pensé en un simple accidente sin trascendencia. Incluso el texto grabado por él al morir, pensé que podría ser como un inicio curativo en su amnesia. Pero los índices de curación de esa amnesia no eran precisamente positivos a última hora. Por tanto, me inclino a creer que alguien le hizo llegar un ejemplar de su «Miedo Irracional», y la lectura del mismo, por algún motivo que ignoramos y quizá ignoremos siempre, le provocó la crisis que degeneró en las risas que le causaron el colapso. Del mismo modo, lo de Johnson me alarmó, porque no era hombre impresionable y estaba en una especie de trauma por el proceso, la sentencia y todo lo demás. El doctor Collier llegó a pensar que era un hombre perfectamente sano, quizá fingiéndose loco para salvar la vida… e incluso tal vez inocente del crimen imputado. Pero eso importa poco ahora. Lo cierto es que murió del corazón también, por causas que desconocemos, por un miedo mortal a algo…

—¿Y McCarthy, doctor? —preguntó la enfermera Gordon, inclinando sobre el borde de la mesa sus pechos poderosos, que reposaron encima del mueble, ceñidos por su bata verde clara—. ¿Qué pasó con él?

—A eso llegamos ya, enfermera Gordon. —Lorimer Vardo tomó aliento, poniendo un gesto huraño, de circunstancias, al tiempo que hablaba—: Walt McCarthy fue víctima, sin duda alguna, de una serie inexplicable de alucinaciones que, de no ser tan insólitas, yo diría que fueron provocadas. Por ejemplo: es improbable que

alguien llamara telefónicamente desde el depósito de cadáveres, por una razón muy sencilla: solamente dos personas aquí poseen la llave de la Morgue. Una, es el doctor Collier, que esa noche dormía en su habitación, libre de servicio. La otra… era yo.

Hubo un silencio en la reunión. La doctora Lange aventuró con frialdad.

—¿Cómo podemos estar seguros de que el doctor Collier estuvo realmente durmiendo todo ese tiempo en su habitación de la planta baja, doctor Vardo?

—¡Doctora! —protestó Vardo, escandalizado—. ¿Cómo se le ocurre a usted…?

—Por favor —atajó Collier vivamente—. No trate de ayudarme, señor. La pregunta de la doctora Lange es muy sensata y oportuna. Tiene toda la razón. Yo preguntaría lo mismo. Incluso se lo pienso preguntar a usted, señor.

—Muy bien —los ojos de Vardo brillaron con cierta frialdad hostil—: ¿Ya hemos llegado al punto de sospechar unes de otros, doctor Collier?

—Quizá, señor —no era Collier, sino el enfermero Chris Talbot quien intervenía en la charla. Y la enfermera de Ingreso, Ada Warren, afirmó con su morena cabeza enfáticamente—. Yo, cuando menos, sospecho de todo el mundo.

—Bien. Adelante, doctor Collier —invitó su jefe agriamente—. ¿Estuvo usted durmiendo toda la noche?

—No —negó él rotundamente—. Toda, no. Ni siquiera estuve todo el tiempo dentro de mi alcoba.

—¿Ah, no? —Vicky Gordon enarcó sus cejas—. ¿Qué estuvo haciendo, doctor?

¿Asustando a McCarthy por teléfono?

—No, enfermera —rechazó Collier secamente—. Quien hizo eso, quería matar a McCarthy. Y lo logró, no hay duda. Yo salí solamente a tomar una botella de naranjada de la máquina del pasillo. Por cierto que, en ese momento, vi alejarse a McCarthy por el corredor superior, al oír pisadas… Y llevaba también una botella de refresco, al encaminarse a su lugar de servicio.

—Limonada —recitó secamente Vardo—. Está comprobado, doctor Collier. ¿Fue todo?

—Todo. Bebí el líquido, leí un poco. Luego, me dormí. Y me

despertó el impacto del cuerpo en el sótano, como a casi todos.

—Ya han oído a Collier. Espero que su relato sea creído —tuvo una mueca amarga, una sonrisa hosca—. Por eso les había citado hoy aquí. Es posible que surjan dificultades. No podemos permitir que la policía entre aquí y altere a nuestros pacientes. La paz de un recinto así no debe ser alterada por nada ni por nadie.

—¿Ni siquiera por un asesino? —dudó el enfermero Talbot.

—Ni siquiera por eso —cortó Vardo, tajante—. Todos ustedes, amigos: si conocen algún detalle, si sospechan de alguien, si tienen indicios o evidencias, hablen conmigo. Pero en ningún caso lo hagan con la policía. Esto ha comenzado aquí dentro y, si es todo obra de un asesino o de un loco… nosotros seremos los que demos con la explicación de los hechos. Quien quebrante estas normas, será inmediatamente baja en los servicios profesionales del sanatorio. Ya están avisados. No es una coacción. Es, sólo una advertencia, para que resolvamos como médicos, y como responsables de este establecimiento, los problemas que en él se nos presenten. Es todo, señores. Ahora, vuelvan a su trabajo. Se levanta la sesión.

Se pusieron todos en pie. Se dispersaron paulatinamente, murmurando entre sí animadamente. Vicky Gordon contoneó su rotunda figura curvilínea, pasillo adelante. Collier la contempló, abstraído.

—Cuidado, doctor —rió a su lado la doctora Lange—. Corre peligro de obsesión sexual.

—Quizá —rió a su vez Harvey Collier—. Ya sólo nos faltaría eso en el sanatorio. Un loco asesino… y un loco libidinoso… Sería demasiado, doctora.

—Un loco asesino —repitió ella, mirándole intensamente—. De modo que piensa igual que yo.

—Sí, doctora. Tiene todas las trazas de ser así. Y hablo como especialista en psiquiatría, pero no olvide que el loco es el más inteligente de los asesinos. Sobre todo, si en vez de ser un paciente… fuese un médico o un enfermero…

La doctora Lange se estremeció, mirando con inquietud a su colega. Luego miró en derredor, incómoda. Como si unos invisibles ojos les vigilaran. No vio a nadie ocupado en mirarles a ellos. Pero la impresión persistió.

—Siento que me acechan —susurró la joven y bella doctora—. ¿Usted no, doctor Collier?

—Ya hace tiempo —asintió él gravemente, con el ceño fruncido —. Justo desde que murió Stephen Walsh.

# CAPÍTULO IV

La joven de cabellos oscuros se quedó mirando a los policías que registraban su departamento de
Regent's
Park.

—Acaben de una vez, malditos polizontes —dijo con voz desgarrada—. ¿Se han vuelto locos con todo esto? ¿Qué es lo que esperan encontrar aquí?

—Cierra el pico, preciosa —jadeó uno de los fornidos agentes de Scotland Yard con tono acre—. Viste la orden de registro, ¿no es cierto? Pues calla y espera a que terminemos con nuestra tarea. Es lo mejor que puedes hacer, encanto.

—¡Idos al diablo los dos! ¡Tengo mis derechos! —protestó ella con su voz áspera y su tono de barriobajera—. Yo no escondo nada, ¿os enteráis? Soy una chica decente y no tenéis por qué…

—Claro, claro. Eres una chica muy decente, querida —suspiró el otro policía con resignado acento—. Pero deja todas tus protestas para después, ¿entendido?

—Sois unos sucios bastardos —se enfureció la chica violentamente, poniendo sus brazos en jarras—. ¡Me dais náuseas, malditos seáis los dos!

—Escucha, preciosa —se irritó uno de ellos, dejando el registro. Avanzó, encarándose belicoso con la arrogante moza—. Si sigues insultándonos y poniendo dificultades a nuestra tarea, nos vamos a ver obligados a encerrarte, antes siquiera de que salga algo en limpio de esta búsqueda. No nos gustan las mujeres mal habladas y agresivas. Y menos cuando son sospechosas de tenencia y uso de estupefacientes, ¿está bien claro?

Por toda respuesta, ella, con ojos llameantes, les escupió al suelo, dando media vuelta y contoneando sus caderas, en dirección

al lado opuesto de la habitación. Desde allí vio cómo entraba otro policía en su apartamento, un poco más tarde, le contempló desdeñosa, refunfuñando cosas poco amables para todos ellos, y el registro siguió por las habitaciones de la vivienda.

Finalmente hubo un grito ronco. Uno de ellos tiró a un lado unos volúmenes de una estantería y mostró una especie de caja de bombones situada detrás, entre los libros y un hueco de la pared.

—¡Ah! —gritó—. Creo que lo hemos encontrado.

Otro de los agentes se volvió, rápido, justo cuando la muchacha de oscuros cabellos pretendía evadirse a sus espaldas.

—¡Cuidado! —aulló—. ¡La pájara quiere largarse!

Ella echó a correr abiertamente, hacia la escalera. Ellos salieron en pos de ella como centellas. Le dieron alcance en el rellano de la escalera. Uno de los agentes se tiró en *plongeon* a sus piernas, las sujetó firmemente y tiró de ellas; derribando a la escultural muchacha por el suelo, entre alaridos poco cordiales y nada educados de la interesada.

Siguió a eso un forcejeo violento, un pataleo furioso de la víctima, que se defendió de sus captores con brazos y piernas, rabiosamente. Los agentes de Narcóticos de Scotland Yard, se las vieron y desearon para reducirla entre todos.

Cuando lo hubieron logrado, la joven respiraba entrecortadamente, les dirigía miradas coléricas, y sus labios no dejaban de abrirse para exhalar lindezas dignas de un gañán de los bajos fondos.

—Llevadla —masculló uno de los miembros del grupo policial—. De momento, queda arrestada por intento de evasión, resistencia a la autoridad y unas cuantas cosas más. Si realmente hay drogas en esa caja, preciosa, vas a pasarlo muy mal a partir de ahora.

—¡Cerdos! —gritó ella, con ojos dilatados, con gesto crispado, como si de súbito surgiera en ella toda la furia imaginable. Su cuerpo estaba temblando espasmódicamente, y su boca se abría y cerraba, como buscando aire, en tanto el forcejeo volvía a animar su cuerpo, de un modo harto sospechoso.

—Esposadla —ordenó el jefe del grupo—. Me temo que esté bajo los efectos de alguna droga. Vamos a conducirla a Jefatura.

Ella forcejeó, chilló, resistiéndose a los policías rabiosamente. Algunos vecinos asomaban por los rellanos, sorprendidos. Él lugar

era tranquilo y de buena condición. Aquella criatura furibunda y exaltada, parecía encajar muy poco en el distrito y en la vivienda.

—La nueva vecina ha resultado un pájaro de cuidado —comentó uno da los vecinos, al paso de los agentes con su cautiva, camino del automóvil que aguardaba en el exterior.

—¿Nueva? —Se volvió uno de ellos, mirando a quien había hecho el comentario—. ¿No llevaba aquí mucho tiempo?

—No, apenas nada. Cosa de una semana. Desde un principio, no nos gustó su aspecto. Lleva dos o tres noches con la música a excesivo volumen, y se oyen carcajadas, gritos, como si estuviera loca… o drogada.

—Gracias —el policía suspiró, echando a andar de nuevo con la esposada joven—. Han sido ustedes muy amables.

Los gritos de la detenida siguieron escuchándose en la escalera de la casa, cuando ya el oscuro coche de New Scotland Yard se perdía por
Regent's,
camino del edificio policial próximo al Támesis.

* * *

—Sheila Barrow, de Manchester. Artista. Pinta, dibuja y todo eso. Lleva poco tiempo en Londres. No se le conocen amistades. Tiene pasaporte de reciente expedición. Veintidós años, exactamente.

—Muy bien. ¿Informes policiales?

—Estamos esperando datos de los distintos departamentos —respiró hondo el inspector Hennessy, de Narcóticos—. Pero debe tener un buen historial, sin duda, pese a su juventud y atractivo, ya verán. No acostumbro a engañarme en esas cosas.

Sus subordinados se miraron entre sí, un poco burlonamente. Hennessy era un policía rudo y eficaz, pero en cuanto a instinto y olfato, dejaba a veces mucho que desear. Sin embargo, nadie pensó en quitarle esa ilusión de la cabeza. No hubo, réplica ni comentario alguno a sus palabras.

—¿Hallaron algo en su casa? —indagó otro agente que anotaba los datos en un expediente.

—Por supuesto. Una dosis suficiente de LSD y heroína como para drogar a medio barrio —rió burlonamente el jefe del grupo

que detuviera a la joven y atractiva Sheila Barrow, la muchacha de los insultos fáciles y la furia a flor de piel.

—¿Está drogada ahora?

—Parece ser que sí. Al menos, la tenemos bajo los efectos de una fuerte dosis de excitantes, quizá barbitúricos o drogas narcóticas, no sabemos. Él médico forense está tratándola ahora para saberlo a ciencia cierta.

—Habrá que enviarla a un centro psiquiátrico del Estado, según sea su estado actual —señaló fríamente Hennessy.

—No me gustaría hacerlo. Esas fulanas acostumbran a escaparse fácilmente de ellos, al menor descuido.

—No, sí la destinan a Reading, por ejemplo —resopló Hennessy —. La clínica de enfermos mentales del doctor Lorimer Vardo, está al servicio del Gobierno desde hace tiempo. Y de allí, nadie ha escapado jamás, que yo sepa.

Esta vez debieron convenir que el inspector Hennessy tuvo, ciertamente, dotes adivinas. Sólo una hora más tarde, el superintendente Michael Brady ordenaba el internamiento de la detenida Sheila Barrow en un centro del estado, preferentemente la clínica del doctor Vardo, para desintoxicación de narcóticos y observación patológica, a la espera del proceso correspondientes por uso y tenencia de estupefacientes.

Una nueva escena tuvo lugar, cuando el médico forense de Scotland Yard, confirmando el dictamen de que la tal Sheila Barrow se hallaba bajo los efectos de una fuerte dosis de narcóticos, ordenó su inmediato traslado a Reading en un coche de la policía.

El comisario Keith Lennox y el inspector Fletcher, fueron los encargados de conducir a la joven hasta el establecimiento designado por la ley provisionalmente.

El coche-ambulancia partió, con la esposada joven dentro del mismo, escoltada por los dos miembros de Scotland Yard y el propio médico forense que la asistiera, el doctor McQueen.

Cerradas herméticamente las puertas del vehículo, éste se desplazó a gran velocidad por el corazón de Londres, llevando dentro a la prisionera, camino de Reading.

El doctor McQueen contempló largamente a la joven de oscuros cabellos tendida sobre la camilla, con sus manos esposadas, cerrados los ojos, pálido el rostro y la respiración agitada.

—¿Qué le parece, doctor? —preguntó el comisario Lennox, tras un largo silencio, en el que sólo llegaba hasta ellos el ruido del tráfico londinense, camino de la carretera hacia Bristol.

El doctor McQueen sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Una gran actriz —confesó—. La verdad es que, de no saber los detalles, hasta yo mismo hubiera resultado engañado con todo esto.

Sheila Barrow abrió los ojos, miró a todos, como si fuera a insultarles nuevamente, de forma violenta. Y lo que hizo luego fue reír jovialmente, buscando con su mirada a Fletcher.

—Bien, hermano —dijo—. No dirás que no sirvo ya para representar a Shakespeare.

—Desde luego, Sharon —afirmó el joven policía—. Victor estaba seguro de que lo harías, pero yo no tuve tanta fe en tus dotes de actriz.

—Y lo peor viene ahora —suspiró el médico forense—. En el manicomio… donde debe engañar a todos, con las reacciones que he señalado yo…

* * *

—De modo que resultó…

—Por el momento, sí —suspiró Archie Fletcher, arrugando el ceño, pensativo—. Ya veremos cómo termina la aventura…

—No podemos perder el contacto con ella constantemente —señaló Ryan, paseando por el despacho como un tigre enjaulado—. Piensa que ahora está allí metida, sin ayuda ni compañía de ninguno de nosotros. Sometida a sus propios recursos, representando una farsa para un puñado de especialistas en dolencias mentales, que pueden descubrir la superchería en cualquier momento.

—Y con un peligro cerca de ella —le recordó Fletcher, ceñudo.

—Eso sobre todo lo demás. —Víctor Ryan se detuvo un momento—. Hemos logrado engañar incluso a Hennessy y a los de Narcóticos. Creen de buena fe en el caso, no conocen a Sharon, y para ellos la drogadicta Sheila Barrow es un personaje real y tangible. Los informes que logramos amañar, el falso pasaporte preparado y todo lo demás, han dado excelente resultado, así como el papel que ella ha representado en ese apartamento de alquiler y en el propio Scotland Yard. Si pide alguien datos oficiales a nuestros

archivos, el falso historial saldrá como verdadero. En suma: hemos creado a un ser ficticio, pero lleno de vida y de cordialidad. Nos puede ser útil o no, eso no lo sé. De lo que sí estoy seguro, es que Sharon correrá peligro.

—Ha sido su idea, Víctor. Sabe que intenté disuadirla de eso. Estaba empeñada, y había que ayudarla todo lo posible para que su idea no fracasara. De cualquier modo, supongo que tienes contigo en todo momento esa orden de salida a nombre de Sheila Barrow.

—Aquí la llevo. —Ryan golpeó su pecho, sobre la americana—. Estaré en Reading todo el tiempo, pendiente de sus noticias desde el interior. Creo que podremos comunicarnos. Hemos estudiado el plano y maqueta del manicomio, y sabemos que el pabellón femenino de observación psiquiátrica da justamente a los jardines de la parte posterior del edificio, pero también a la carretera de Bristol. Enfrente hay un edificio donde he podido arrendar la planta alta. Desde allí vigilaré. Sharon sabe dónde encontrarme. Y espero que sepa cómo enviar un mensaje de alerta, si todo va mal.

—Confiemos en ello. —Archie Fletcher meneó la cabeza pesaroso—. Es una aventura demencial. Una mujer en plena posesión de sus facultades mentales, dentro de un establecimiento psiquiátrico, entre locos y enfermos… y con un posible asesino moviéndose entre todos ellos. Esa chica será hermana mía, Ryan, pero a veces me pregunto si actúa con buen juicio y si tiene algún aprecio a su vida.

—Es periodista, Archie. Y lo sacrifica todo por su profesión. En este caso, puede sernos muy útil, puesto que es la persona idónea para no despertar sospechas en el manicomio. Si triunfa, su reportaje será sensacional. Y el éxito de Scotland Yard, sonado. Ella cree que merece la pena. Yo también. Pero, desde luego, no respiraré tranquilo hasta no ver a tu hermana fuera de esos muros. Sólo de recordarlos, me da escalofríos. Es una vieja edificación, sólida y maciza. Está modernizada por dentro, pero su exterior es depresivo.

—Y, por si fuera poco, dentro del recinto, esos jardines sombríos y el cementerio —concluyó roncamente Fletcher.

—El cementerio —repitió con voz apagada Ryan—. Sí. El cementerio del hospital, donde los pacientes que mueren son sepultados, sin más trámite. Es como una prisión hermética, donde

nada pintan los de fuera, donde uno puede morir sin ayuda alguna, a pesar de estar rodeado de profesionales de la Medicina. En ese cementerio reposan ahora Walsh, Johnson, McCarthy…

—Esperemos que no hayan de abrir nuevas sepulturas próximamente.

—Y recemos porque una de ellas no sea para una periodista demasiado atrevida —suspiró con gesto preocupado Victor Ryan.

Los dos hombres se miraron. Fletcher descolgó el teléfono y marcó un número. Cuando alguien se puso, se limitó a manifestar gravemente:

—Aquí el inspector Fletcher, de la Brigada Especial. Quiero dos agentes especiales para enviar a Reading con una misión estricta de vigilancia. Sí, de los mejores. Gracias. Los estaré esperando.

Colgó. Su mirada se mantuvo fija en Ryan.

—Tú vigila ese edificio. Cuida de Sharon. Yo, a mi vez, cuidaré de ti y de ella. Habrá dos de nuestros hombres día y noche en Reading, dispuestos a intervenir en cuanto tú lo pidas.

—Sí, tal vez sea una buena medida —admitió Ryan—. Fuera de ese recinto, Sharon estará protegida. Pero es dentro donde me preocupa su suerte…

—Y a mí, maldita sea —rezongó Archie, malhumorado—. ¿Qué estará haciendo ahora mismo, Victor, en medio de todas esas chifladas que la acompañarán en el pabellón de observación psiquiátrica? ¿Soportaría la primera prueba?

* * *

La primera prueba…

Sharon estudió en derredor suyo a las mujeres que deambulaban por la sala, como espectros alucinantes de otro mundo insospechado. Por vez primera tuvo miedo.

Para ser el primer paso, no podía resultar peor. Aquella sala larga, inhóspita, de muros desnudos, de ventanas enrejadas fuertemente, asomando a un lóbrego rincón del jardín.

Y las mujeres…

Las había de todas las edades. Desde una jovencita que adoptaba actitudes de ninfómana, hasta dos lesbianas flacas y entradas en años, pasando por una gruesa negra alcoholizada, que sollozaba sobre el lecho, bañada en sudor su carne oscura, y por una mujer

joven pero envejecida prematuramente, bajo cuyos ojos glaucos, fijos en el vacío, colgaban bolsas oscuras, ojeras rugosas y tristonas.

Se estremeció. Era una muchacha valiente, pero nunca se había enfrentado a una experiencia semejante. Confiaba en que su microcámara de fotografía no fuese descubierta jamás en aquel recinto. Era el último modelo japonés. Algo inimaginable, capaz de impresionar un microfilm asombrosamente pequeño.

Un simple anillo de plástico blando… una piedrecilla falsa. Era todo. Aquélla era la cámara. Bastaba presionarla ligeramente, e iba filmando. Hasta un total de veinte imágenes en cualquier ambiente y con cualquier intensidad de luz. Sabía que nunca le hubieran dejado llevar un anillo metálico, dentro de aquel recinto, aunque la considerasen clínicamente sana, ya que había otras pacientes más peligrosas con objetos metálicos a su alcance. Pero el aro de plástico, sin aristas ni dureza, no le fue quitado en ningún momento del dedo anular de su mano izquierda.

Hizo una fotografía tomando toda la vasta sala de observación Justo un momento después, se abría la puerta del fondo y aparecían dos enfermeras, llevando una serie de fichas que iban comprobando con cada paciente.

Finalmente, le tocó a ella el turno. Una joven pelirroja le sonrió con su carita rolliza y afable. Era atractiva, aunque quizá demasiado opulenta de formas.

—Hola —saludó, risueña, mirándola muy fijo.

—Hola —contestó con acritud Sharon, tratando de ser hostil.

—No tienes nada que temer, Sheila —la llamó por su falso nombre—. Soy Vicky Gordon, enfermera especializada en observación de pacientes. Aquí, no a todo el mundo se le considera loco, porque la cosa no es tan simple. Hay enfermos mentales y enfermos de otro tipo. Tú no estás aquí como ninguna de esas cosas, por lo que veo, sino simplemente en observación por orden policial. ¿Hiciste algo terrible a esos policías? —terminó, riendo.

Sharon siguió su papel, mostrándose hosca, llena de recelos hacia la simpática joven.

Meneó la cabeza negativamente, con gesto áspero.

—Son unos cerdos —jadeó—. Yo no hice nada. No estoy enferma. No tengo por qué estar entre todas esas chifladas. ¡Este sitio es horrible!

—Estamos de acuerdo, Sheila. Es horrible —asintió Vicky Gordon—. Por fortuna para ti, durará muy poco tiempo. Sobre todo, si eres una chica sensata y no les creas dificultades a los que llevan esto. Entonces te pasarán a un pabellón más grato y confortable, a la espera de que los policías decidan tu salida del establecimiento, cosa que es inmediata cuando nuestro director, el doctor Vardo, firma el alta del paciente.

—¡Pues ya puede empezar a firmaría! —gritó Sharon con voz aguda, haciendo que todas las mujeres y la segunda enfermera se volvieran hacia ella, alarmadas—. ¡Estoy harta de verme metida en esta pocilga! ¡Quiero salir, exijo salir de este sucio lugar!

—Por favor, Sheila, amiga mía —trató de calmarla Vicky—. No es ése el mejor camino para facilitarte las cosas aquí, créeme. Yo no soy sino una empleada que trabaja en beneficio vuestro y te aconsejo que…

—¡No quiero consejos! —chilló la joven, manoteando con ira—. ¡Sólo quiero irme, dejar este horrible pozo de monstruos! ¡Llamen al doctor, díganle que firme mi alta!

¡Quiero salir, quiero ser libre! ¡No estoy loca, exijo que se me escuche!

Formaban corro alrededor de ella la jovencita ninfómana, la mujer de grandes ojeras, y todas las demás. Había murmullos. Otra empezó a reír histéricamente. Alguna gritó, formando coro con los gritos y protestas de Sharon. La negra alcohólica aulló en su lecho:

—¡Llévense a esa harpía! ¡No quiero oírla! ¡Fuera con ella!

Vicky Gordon y su compañera se esforzaban desesperadamente por evitar lo peor. La pelirroja enfermera aferró por un brazo a Sharon, pacientemente.

—Vamos, vamos, siéntese y escuche, amiga mía. Vamos a tratar de conversar las dos y…

—¡Fuera! —Apartó de un empellón a Vicky, y corrió como una posesa por la sala, perseguida primero por ambas enfermeras, luego por algunas pacientes, y al final en medio da un auténtico caos de gritos, risas, lamentos y bailoteos de las infortunadas mujeres allí recluidas—. ¡No quiero hablar con nadie! ¡Quiero salir de aquí!

Era como un aquelarre dantesco. Finalmente, Vicky dirigió tina mirada de apuro a su compañera. Ésta se encaminó a la salida, pulsó un timbre en el muro.

La alarma resonó en el pabellón de observación. Poco después, dos enfermeros robustos y sin contemplaciones, con uniformes marrón claro, se hacían cargo de Sharon a viva fuerza, en una lucha titánica, la reducían con un inyectable, y la conducían a alguna otra parte del edificio.

Vicky Gordon, se arregló su uniforme verde claro sobre los poderosos pechos, medio descubiertos en la ruda pugna con la nueva paciente.

—Sheila Barrow —leyó en la ficha—. Drogadicta. Posesión de narcóticos.

Antecedentes policiales… Me temo que nos ha caído un buen problema.

* * *

—Un problema, si.

—¿Problema? —repitió Sharon con una imprecación.

—Eso es: un grave problema, señorita Barrow —afirmó rotundamente el doctor Collier, tratando de mostrarse cortés con ella, pero a la vez duro y enérgico—. No nos gusta tenerlos con nuestros pacientes. Acostumbramos a ser corteses, suaves y cordiales con todos ellos, siempre que den motivo para tal clase de trato. Usted ha entrado aquí como un azote. No tolera a nadie, no respeta nada, insulta a los demás y provoca alteraciones serias entre el personal enfermo. Tenga en cuenta que no le rodean inválidos, enfermos del hígado, el corazón o los huesos, sino pacientes mentales, casos psiquiátricos, mucho más graves que el suyo propio, ya que usted no es exactamente una enferma, salvo en su hábito de administrarse narcóticos, que puede ser curado fácilmente si usted coopera y hace las cosas más fáciles.

—¿Cooperar? ¿Por qué y para qué? Los polizontes me «empapelaron» aquí sin consultarme, ni siquiera hacerme un juicio legal, sólo porque les dio la gana y se quisieron ensañar conmigo. Todo porque no tengo familia, ni amigos. Ni siquiera un tipo que se preocupe por mí.

—¿Está sola en el mundo, señorita Barrow? —se interesó Collier.

—Por completo —le desafió ella con el gesto y la mirada, pese a estar metida en aquella camisa de fuerza que la retenía sobre el lecho del dormitorio en que la habían dejado sola, abandonada a su

suerte, tras los efectos del sedante que redujo su aparente crisis—. ¿Es eso también algún delito, doctor?

—Cielos, aquí no hay delitos, delincuentes ni policías, mi joven amiga —sonrió Harvey Collier afablemente—. Sólo médicos, enfermeros y pacientes. Quiero ayudarla. Lo más posible, puesto que está sola. Pero usted ha de colaborar. Sea buena muchacha, dócil y amable. Trate de hacer fáciles las cosas, y no tendrá queja del establecimiento ni de nosotros.

—¿Y si no me da la gana? —barbotó Sharon en su papel de mujer soez y áspera.

—En ese caso, sería lamentable para todos. No podríamos desarrollar nuestra tarea como debe ser… y usted no mejoraría fácilmente. Ni tan siquiera se sentiría bien espiritualmente, al no encontrar la paz que necesita. Créame: debe ser diferente. Trate al menos de serlo. Y el poco tiempo que permanezca aquí, no tendrá que pasarlo con esas otras mujeres que la rodeaban y que tanto le desagradaron…

Sharon cerró sus ojos, como si todo aquello la cansara y aburriese. Se agitó débilmente en su camisa de fuerza.

—Está bien, doctor. ¿Y cuándo me quitan esta horrible prenda? Me hace daño.

—Si se comporta debidamente, muy pronto —prometió Collier, sonriente. Se inclinó hacia ella y le quitó un mechón de sus teñidos cabellos, dejando el rostro al descubierto, pese al gesto rebelde de ella—. Es muy atractiva y muy joven, ¿se lo había dicho alguien?

—¡Váyase al diablo! —rezongó—. Eso no forma parte del tratamiento, doctor.

—No, desde luego —convino él, riendo levemente. Se volvió y llamó—: ¡Señorita Gordon!

Entró la rolliza muchacha pelirroja. Se quedó mirando embobada a Collier, como si el joven médico fuese para ella un imán subyugante.

—Sí, doctor Collier… —murmuró.

—Cuide personalmente de la señorita Barrow —dijo el psiquiatra—. Necesita ayuda.

Y está dispuesta a prestárnosla también a nosotros, estoy seguro.

—Claro, doctor. —Vicky miró con simpatía a la nueva paciente —. Estoy segura de que, pasado el primer *shock*, Sheila Barrow será

una buena chica mientras esté aquí dentro…

Salieron el doctor y ella conversando en voz baja. Sharon se quedó sola en el cuarto blanco, rectangular, aséptico… Sola, dentro de su camisa de fuerza, sola rodeada de muros hospitalarios y de silencios.

Y se dijo cuán fácil sería ahora que alguien la asesinara, si así lo deseaba, sin ella poderse defender siquiera, sin que nadie escuchara o quisiera atender sus gritos.

La idea le produjo un leve escalofrío. Se sentía perdida allí dentro. Especialmente cuando se quedaba sola.

El doctor Collier parecía un joven amable y afectuoso. Le gustaban mucho las mujeres, él gustaba a ellas, sin duda. ¿Acaso un obseso sexual en potencia, tras su apariencia de médico psiquiatra?

Vicky Gordon era una chica llamativa y de las que gustan a ciertos hombres. Posiblemente tuviera también algo de ninfomaníaca, a juzgar por el modo de mirar al médico. Aunque podía ser simple atracción hacia él.

Lo peor era eso: no se podía fiar de nadie. En un mundo delirante, de locos y de maníacos, había alguien que era algo más que eso. Un loco que podía estar entre los pacientes o los facultativos.

Un loco que asesinaba.

# CAPÍTULO V

Victor Ryan dispuso los potentes prismáticos sobre su soporte, y se acomodó pacientemente en la ventana oscura del piso último de aquella casa en la carretera.

Al otro lado, los rectángulos de luz del hospital, entre la arboleda del jardín, eran como fríos ojos abiertos a la noche, escudriñándola para evitar que nadie penetrara en los más íntimos secretos que guardaban aquellos muros.

Ryan encendió un cigarrillo. Se acercó a los binoculares. Centró la visual de las lentes en una serie de ventanas. Graduó lo máximo posible, para ver con cierta nitidez.

No resultaba nada fácil. Los propios ramajes de los árboles, las rejas de las ventanas y la luz blancuzca, lechosa, del interior del establecimiento, sólo permitían descubrir siluetas humanas en movimiento, leves sombras irreconocibles. Se mordió el labio inferior.

—No va a ser muy fácil vigilar desde aquí a Sharon —se dijo—. Ni siquiera puedo saber si está aún en observación o no… Me imagino que habrá montado un bonito número de escándalo ahí dentro, para estar en su papel…

Sonrió en la sombra. Pero lo cierto es que se sentía preocupado. Quizá de día la visibilidad fuese mejor. Por el momento, la espera estaba resudando un fracaso. No le era posible reconocer a las lejanas siluetas femeninas tras las ventanas. Probó con la cámara de teleobjetivo dispuesta junto a él, y tampoco logró gran cosa, salvo agrandar un poco más aquellas imágenes en movimiento, de las que tiró varias instantáneas, para ver lo que el revelado daba de sí.

Había anochecido poco antes. Para el que estaba fuera era una noche más, fría y húmeda, con una ligera neblina que tampoco facilitaba las cosas en su caso. Pero para quien estaba dentro de

aquel establecimiento, la noche debía de significar algo muy diferente. Sobre todo, la primera noche…

* * *

La primera noche…

Sharon contempló el globo blanco de luz que brillaba en el techo, sobre su cabeza. Respiró hondo. Trató de moverse dentro de su camisa de fuerza. No logró nada. Estaba inmovilizada. Indefensa ante cualquier peligro.

Sintió un leve escalofrío cuando la puerta emitió un leve chirrido y se abrió. Alguien asomó en la puerta, Era una mujer.

—Sheila Barrow —recitó con frialdad—. ¿Es usted?

—Sí —afirmó roncamente Sharon, como dándose por vencida.

Ella entró con firmeza. Su taconeo era breve y seguro. Llevaba corta bata blanca. Tenía cabello color de miel, y ojos inteligentes, tras las gafas de ligero aumento y montura metálica.

—Soy la doctora Lange —informó—. Observación patológica legal… Veo que es drogadicta, Sheila.

—Sí. Me gusta. ¿Pasa algo con ello? —Trató de mostrarse desafiante otra vez.

—Cálmese. Ya veo el informe del doctor Collier y de la enfermera Gordon. Es usted de las díscolas, ¿no es cierto?

—Váyase al diablo, doctora. No necesito a nadie.

—Nos necesita a todos ahora —replicó Evelyn Lange secamente —. ¿Vive sola?

—¡Sí! ¿Y qué hay con eso?

—Nada —suspiró la doctora—. Cuando una chica joven y bonita como usted entra aquí, acostumbra a tener alguien: parientes, amigos… o un chico.

—¡Un chico! —Hizo un gesto despectivo, como si soltara un salivazo al aire—. Tuve uno, claro. Creí que era el mejor. El más sincero y apasionado. ¡El muy hijo de…! Apenas me dejaba a mí, se largaba con otra…

—Entiendo —la mano suave de la doctora acarició les cabellos, oscuros ahora, de Sharon Fletcher—. Tal vez eso tuvo la culpa, amiga mía.

—¿La culpa de qué? —rezongó Sharon, irritada.

—De todo. Las drogas, su carácter, su modo de ser… —La

doctora Lange anotó algo en su propia ficha de la paciente—. Bien, querida. La veré mañana de nuevo. Si me prometiese que va a ser buena chica por esta noche, le haría quitar esa camisa de fuerza tan incómoda.

—¿Usted… usted haría eso por mí? —musitó Sharon, como emocionada.

—Sí —la miró fijamente—. Me gusta ayudar a quien me ayuda. Prométame ser una chica sensata toda la noche… y los enfermeros la devolverán sin esa prenda, a un sitio confortable.

Pareció dudar, como si algo luchara dentro de ella. Luego, puso tono de mala gana al responder:

—Está bien, doctora. Lo prometo. Me portaré bien. Pero libéreme de esto, por Dios…

—Así está mucho mejor, Sheila. Veo que vamos a ser buenas amigas… —Pulsó un botón en el muro—. Enseguida estará resuelto ese pequeño problema, muchacha.

* * *

Cuando menos podía defenderse, pensó.

¿Podía, realmente? La duda la asaltó de inmediato. Miró a lo largo de la amplia sala, de las camas ocupadas donde dormían las demás en silencio. Se imaginó si estuviera realmente enferma de su cerebro y se hallara recluida allí, sin nadie fuera velando por su seguridad personal.

Notó un estremecimiento. Era una idea demasiado horrible para imaginarla siquiera. Y, sin embargo, todas aquellas mujeres que la rodeaban se hallaban en ese mismo caso. Todas eran personas hundidas en la oscuridad de su mente enferma. Fantasmas deambulando por las salas blancas del centro psiquiátrico.

Cerró los ojos. Trató de descansar, de dormir. Estaba allí para investigar, pero no podía hacer nada en estos momentos. Salir de la sala dormitorio, moverse o intentar algo, en su primera noche allí, significaría quizá la camisa de fuerza nuevamente. Y, al margen de todo fingimiento, era demasiado incómoda y terrible aquella prenda, inmovilizándola en un lecho. Si la mente criminal que se movía allí dentro llegaba a sospechar por un solo instante quién era ella… Quería, cuando menos, tener libres sus piernas para correr, sus manos para defenderse.

Sus ojos se deslizaron hacia la ventana enrejada. Trató de penetrar por ella, al menos con sus pensamientos.

Víctor. ¿Dónde estaría él ahora? ¿Con la mirada fija en aquellas ventanas oscuras, desde su puesto de vigilancia? Esperaba que sí. Imaginar cerca a. Victor Ryan era lo único agradable en aquellos momentos de dura prueba, perdida en un mundo alucinante al que ella no pertenecía.

Pensando en todas esas cosas, se quedó dormida. Y tuvo pesadillas.

* * *

—¿Pesadillas, ha dicho?

—Sí, doctor. Sueños horribles. Me desperté varias veces, muy agitada… Llegué… llegué casi a creer que veía sombras, moviéndose en torno mío en la sala general.

El doctor Collier cambió una mirada con el doctor Vardo, presente en el examen clínico de la nueva paciente. El director del establecimiento no comentó nada, limitándose a observar a Sharon atentamente y en silencio.

El despacho del doctor Vardo aparecía luminoso y alegre esa mañana. La neblina había dejado paso a un tibio sol otoñal, y el jardín era una sinfonía de tonos ocres y dorados.

Siguieron una serie de preguntas sobre sus pesadillas, emociones y otros detalles. Luego pasaron a preguntarle sobre su supuesta vida anterior. Sharon hizo un relato magnífico realmente rico en detalles, que hubieran asombrado incluso a Ryan y a su hermano Archie, por la gran imaginación puesta al servicio de la historia.

—Muy bien —dijo al fin el doctor Collier, tras hacer una serie de apuntes en su bloc—. Por el momento es todo, señorita Barrow. Ahora puede salir a pasear por las galerías de la planta baja, sí gusta, Y si sigue igual que hasta ahora, mañana la autorizaremos a recorrer el jardín a media mañana y por la tarde…

—Sí, será maravilloso, gracias —musitó ella con voz tranquila.

—Por el momento irá destinada a una sala doble del pabellón dos —dijo Collier, tras cambiar una mirada con Vardo—. ¿Hay alguna plaza libre allí, enfermera Gordon?

Vicky asintió, tras consultar un gráfico. Marcó un rectángulo.

—Con la enferma Janis Brooks —informó—. Creo que estará

muy bien allí.

—¿Una loca? —replicó vivamente Sharon, revolviéndose con velocidad hacia Vicky.

—No use aquí esa palabra, por favor —pidió fríamente el doctor Vardo, hablándole por vez primera—. No lo haga, joven señorita Barrow. No hay locos, sino enfermos más o menos graves o agudos. Enfermos. Sólo eso. En cuanto a la señora Brooks, no tema. Es una paciente amable y cordial. Sufre sólo una psicosis de soledad. Su presencia le hará bien. La compañera que tuvo hasta ahora, ha sido dada de alta ayer. Y ayer mismo abandonó este recinto.

—Cielos… —suspiró Sharon—. ¿Cuándo será el día que me ocurra a mí lo mismo?

—Muy pronto, señorita Barrow, muy pronto —dijo Vardo sin desviar de ella sus ojos penetrantes—. Por lo que puedo observar, está usted mucho más sana de lo que parece…

Vicky la sacó de la oficina médica, conduciéndola al pabellón dos. Sharon no iba tranquila. De pronto, había creído notar algo, una amenaza flotando en el ambiente gélido del sanatorio.

Aquellas palabras veladas del doctor Vardo…

«… Está usted mucho más sana de lo que parece…».

¿Era una insinuación? ¿Había penetrado el astuto y experto psiquiatra en el engaño? Si era así, otros podían hacerlo igual. Casi tuvo miedo de pronto. Se notó perdida en un mundo estremecedor, que quizá cobrase matices angustiosos durante la noche.

Si alguien sospechaba que ella había entrado para investigar… su vida no valdría absolutamente nada.

Y ni siquiera tenía medios ahora para comunicarse directa y rápidamente con Ryan, notificándole su situación.

En la oficina se había hecho un profundo silencio. Collier y Vardo se estaban mirando fijamente, antes de exponer un comentario.

—Y bien, doctor —fue finalmente el director quien habló—. ¿Qué conclusiones ha sacado?

—No sé a ciencia cierta, señor… —se lamentó Collier—'. Es un caso algo extraño.

—Y tan extraño —afirmó fríamente Lorimer Vardo—. Esa mujer no es una drogadicta.

—¿Qué?

—No es lo que aparenta. Nos está engañando, doctor Collier, en otras palabras.

—Engañándonos… —Abrió mucho sus ojos el joven psiquiatra—. Pero…, ¿por qué? La policía es quien nos la ha enviado y…

—Ahí tiene la respuesta, doctor. ¿No buscaba un porqué? Acaba de pronunciarlo usted mismo —declaró apaciblemente el director del centro, aunque sus ojos eran dos brasas encendidas.

—¡La policía! —Palideció Collier.

—Me temo que sí, amigo mío —murmuró Vardo con frialdad—. La policía. Una espía, en otras palabras.

El engaño no podía prosperar con nosotros. No sé cómo la doctora Lange no se ha dado cuenta… Las mujeres son a veces más fáciles de engañar por otra mujer que nosotros, los hombres. Doctor Collier, es obvio que alguien de este establecimiento ha denunciado a la policía lo sucedido. De otro modo, eso no tendría explicación.

—Sí, estoy de acuerdo con usted.

—Bien. Habrá que tomar medidas… y pronto. Con respecto a la persona confidente… y también respecto a esa jovencita embustera y temeraria que se ha metido aquí…

Y el tono del doctor Vardo, no tenía nada de tranquilizador.

* * *

La señora Brooks se quedó dormida.

Un gesto apacible, una sonrisa dulce en su rostro. Al parecer era feliz con su nueva compañera de habitación. No podía soportar la soledad. Era como una manía obsesiva que la hacía sollozar y atemorizarse.

Sharon la contempló con simpatía. Luego miró en torno, preocupada.

No le gustaba aquella habitación. No por la señora Brooks ni por el cuarto en sí, que era idéntico a cualquier otro del hospital, sino… por la vista desde la ventana.

Habíase empinado sobre el lecho para mirar afuera, antes del oscurecer. No le gustó lo que vio. Un amplio espacio de jardín, setos… y el cementerio.

El pequeño cementerio del manicomio, situado en un ángulo de la alta e infranqueable valla de ladrillos. Una serie de nichos en el muro, y nada más. Ninguna sepultura en tierra. Ni cruces. Ni

lápidas. Sólo los nichos, con nombres e inscripciones sin suntuosidad alguna. Los locos que habían muerto dentro del recinto… Y también el enfermero McCarthy. Y Homer Johnson. Y Stephen Walsh.

No quiso mirar de nuevo al llegar la noche. Pero podía imaginarse la presencia del pequeño recinto funerario, allá en el exterior, a la claridad difusa de las ventanas y de las débiles luces instaladas entre los árboles.

La enfermera Vicky Gordon había traído un inyectable a la señora Brooks antes de dormir. Al parecer era un sedante, porque respiraba profundamente y estaba muy dormida.

Sharon se preguntó si dormiría ella tan fácilmente esta noche. Durante el día, nada había sucedido que pudiera preocuparle. Habló con el joven doctor Collier, con la doctora Lange, con el enfermero Talbot… pero no con el doctor Vardo. No había vuelto a verlo. Y ese hombre le inquietaba. Estaba segura de que conocía el engaño.

Le habían dicho que cerrarían la puerta del cuarto, como hacían siempre con las habitaciones de dos o tres pacientes. Si necesitaba algo, debía pulsar el timbre de llamada, y acudirían inmediatamente.

Sharon tomó el vaso de leche que le llevaron antes de cerrar la puerta, y se acostó, pensativa. De pronto, irguió la cabeza. Escuchó.

Debía llevar reflexionando cosa de veinte minutos. Sólo la respiración de su vecina de lecho, la señora Brooks, era audible allí. ¿Sólo eso? No. Estaba segura de haber escuchado algo más. Y ni siquiera sabía el qué.

Algo sutil, breve, fugaz. En la puerta. Miró hacia allá. Dio un respingo.

La puerta. No estaba cerrada herméticamente como antes. Sólo entornada. Una rendija delgada de claridad lechosa se proyectaba en la habitación en penumbras.

¿Alguien en el corredor, tras la puerta? ¿Quizá acechando?

Sharon apretó los labios. Se armó de valor. Cualquier cosa era mejor que la incertidumbre. Rápida, saltó del lecho, se precipitó a la puerta, la abrió bruscamente del todo.

La hoja no resistió. Cedió sin ruido. No había nadie en el pasillo. Sólo luz azulada, soledad, silencio absoluto.

Conteniendo el aliento, Sharon Fletcher miró a uno y otro

extremo del corredor. Era raro que le hubieran dejado abierta la puerta. Hubiera jurado que estuvo cerrada hasta captar aquel leve roce o chasquido. Pero si alguien abrió la puerta… ¿dónde estaba ahora?

—No, no puede ser eso —murmuró para sí—. Ha debido de ser todo un error… Un simple error de la enfermera al marcharse.

De súbito, le vino a su mente lo que sabía acerca del fin del enfermero McCarthy. La llamada de la Morgue… Los espectros en el corredor… Se detuvo, sintiendo un frío sutil a lo largo de su espina dorsal. Una nueva ojeada le probó que no sucedía cosa alarmante alguna. El corredor continuaba vacío.

Echó a andar resueltamente. Sus pies descalzos no producían ruido alguno. Se movía suave, sigilosamente, corredor adelante. Ni siquiera sabía por qué hacía esto. Podía ser un tremendo error si la sorprendían deambulando por el hospital, contra todas las ordenanzas internas del establecimiento. Pero no era suya la culpa de tener una puerta abierta. Si admitían que no estaba mentalmente muy sana, todo podía tener su explicación.

Llegó al final del corredor. Contempló el rellano, la escalera que ascendía y descendía.

El puesto de la guardia de noche aparecía vacío ahora, sin enfermero alguno de servicio.

Caminó hasta el mostrador, y se asomó, tratando de ver la centralilla telefónica, idéntica a aquella que manejara McCarthy al morir. Allí aparecía, con todo su teclado apagado y en total silencio.

Se iba a retirar ya, cuando descubrió las piernas dobladas bajo el asiento.

Eran piernas con pantalones blancos. Un enfermero, sin duda. Yacía en el suelo, bajo su butaca. Alarmada, pensó en un desvanecimiento, en una crisis…

Rodeó el mostrador, se agachó para atender al caído, Un grito de horror se ahogó en su garganta, cuando se encontró frente al rostro hinchado, violáceo, los ojos desorbitados, la lengua colgante, hinchada también, emergiendo de la boca convulsa.

Un cordón de seda rodeaba el cuello del enfermero Talbot, hincándose en su carne bruscamente. La asfixia había sido inmediata y total.

Sharon dominó su impulso de gritar, gracias a un poderoso

esfuerzo. Aturdida, se incorporó, contemplando el cuerpo sin vida. Notó que se tambaleaba, que tenía que apoyarse en el mostrador.

—Dios mío… —gimió—. Dios mío…

Respiró hondo, trató de reflexionar con calma, con serenidad. No sabía aún qué decisión tomar, cuando notó el rumor de pasos a sus espaldas, en el corredor. Se volvió prestamente, para ver quién acudía.

No intentó huir. No conduciría ya a nada. Quienquiera que fuese el hombre de bata blanca que venía hacia ella, la había visto y se movía en dirección al lugar donde ella permanecía inmóvil.

—Doctor… —jadeó, suponiendo que era un miembro del cuerpo facultativo en guardia nocturna—. Doctor… Dios mío… Un cadáver… Ahí… Un hombre… estrangulado.

El hombre de blanco no respondió, avanzando hacia ella con paso más rápido y firme.

La luz ahora iluminó su rostro.

Esta vez, sí. Sharon emitió un alarido sin fin, un grito de verdadero pánico, y notó que sus cabellos se erizaban como jamás lo hicieron antes de ahora. Retrocedió, trató de escapar, de rehuir aquella visión espantosa, pero las piernas le flaquearon. Y, al volverse, la aparición de otro ser por el fondo del pasillo, le hizo gritar, gritar de nuevo, larga y estridentemente…

¡Otra figura fantasmal! ¡Venía hacia ella por aquel corredor inmediato, cerrándole toda posible salida! Y si la primera visión había sido la de un hombre cuyo rostro correspondía al de Homer Johnson, el asesino loco, pero sobre cuya faz se veían ya deslizar gusanos hediondos y extenderse manchas de putrefacción y goterones de pus infecto… mientras los ojos eran sólo cuencas oscuras, de las que goteaba un humor denso y fétido. La segunda visión, aún más aterradora, revelaba la presencia de un hombre vestido de enfermero. De un hombre con el rostro bañado en sangre, con media cara triturada, con el cráneo aplastado, tal y como murió Walt McCarthy…

Era demasiado, incluso para una mujer valerosa como Sharon Fletcher. Además, aunque hubiera querido soportarlo, no hubiera podido. Notaba que algo cedía y se resquebrajaba en todo su ser. Entre ese algo, su propia consciencia, que se desmoronó de pronto, hundiéndola en una fría, viscosa oscuridad que parecía la muerte.

Y que quizá era la muerte, porque su corazón se detenía, sus pulsaciones dejaban de latir.

Antes de cerrar sus ojos y hundirse en la sombra, Sharon supo que estaba muerta.

# Capítulo VI

—Muerta…

—Sí —el doctor Collier se incorporó, grave su expresión. Firmó el documento extendido sobre la mesa del despacho—. Muerta, doctor Vardo.

—Dios mío… Otra vez.

—Otra vez. Mi diagnóstico es muerte por fallo cardíaco a causa de un terror intenso.

Así ha muerto Sheila Barrow… si realmente se llamaba así.

—Entiendo. Lo mismo que Johnson.

—Lo mismo. Sólo que ella no pudo hablar. No dijo nada. No sabemos lo que vio o experimentó. Pero lo cierto es que salió al pasillo y murió en él. Vicky Gordon afirma, sin embargo, que dejó herméticamente cerrada la puerta de la habitación, como todas.

—Si esa muchacha era policía…, ¿qué vamos a contar a Scotland Yard, doctor Collier?

—No lo sé. Usted es el director del hospital, el responsable de todo. Debe decidir usted mismo, evidentemente.

—Es una difícil decisión, Harvey.

—Lo sé. No quiero estar en su puesto, señor. Profesionalmente, me debo a su disciplina. Si ha de silenciarse esto, se silenciará. Después de todo, ella dijo no tener familia ni amigos. Nadie la reclamará.

—A menos que fuese una mujer policía. Cuando no sepan nada de ella, vendrán en su busca.

—Podrán retirar su cadáver del cementerio, en todo caso —suspiró Collier—. No podemos hacer otra cosa. A fin de cuentas, oficialmente nada sabemos. Para nosotros, se trata solamente de Sheila Barrow, una drogadicta en observación.

—De todos modos, debemos comunicar su defunción a Scotland

Yard, precisamente por tratarse de un paciente en observación. Conduzcan el cuerpo al depósito, y preparen un informe al respecto. Si ellos se ponen difíciles, seremos nosotros quienes podamos acusarles duramente por intentar engañarnos con malas artes.

—Si enviaron una agente suya, no reclamarán nada, doctor Vardo. Son demasiado listos para ser víctimas de sus propias armas. Echarán tierra al asunto.

—Y nos harán la vida imposible con nuevas investigaciones, ahora que ha habido otro fallecimiento —se quejó Vardo.

—Tendremos que soportarlo, doctor. Eso suponiendo que puedan probar algo y se les autorice por el Ministerio a alterar la vida clínica de este establecimiento.

Vardo tomó el certificado de defunción extendido por Collier, y llamó a Vicky Gordon. La joven enfermera apareció con el rostro muy pálido y los ojos con huellas de llanto. Tomó el documento de manos de su director.

—Haga una fotocopia de este certificado, y prepare una carta para New Scotland Yard, División de Narcóticos, señorita Gordon —dijo escuetamente Vardo—. Yo le diré lo que ha de decir.

—Sí, doctor —musitó la joven, evidentemente bajo una tremenda impresión emocional a causa de la repentina muerte de la última paciente entrada en el hospital psiquiátrico de Reading.

Poco después, la carta para Scotland Yard estaba a punto. Al mismo tiempo, una camilla conducía el cuerpo de Sharon Fletcher, envuelto en una sábana, a través del jardín otoñal. Su cadáver quedó depositado eh una mesa de mármol de la Morgue interior del manicomio, a la espera de la inhumación correspondiente.

* * *

Victor Ryan se irguió, sorprendido. Sus binoculares siguieron la escena.

Nítidamente, captó la escena en todos sus detalles, La puerta de atrás del hospital psiquiátrico del Gobierno se abría, y salían los dos enfermeros portando la camilla con el cuerpo envuelto en la sábana, irreconocible desde allí. Simplemente un bulto rígido bajo la blanca tela. Cruzaban entre setos y arboledas. Y entraban en un edificio antiguo, de rojos ladrillos, con un pequeño torreón y campana, como si tuviera capilla en su interior. Una puerta de hierro les daba

acceso a un oscuro interior.

Ryan procuró enfocar limpiamente las lentes sobre la puerta metálica. Y descifró las letras allí grabadas:

DEPOSITO DE CADÁVERES
PROHIBIDA LA ENTRADA A
TODA PERSONA AJENA A
ESTE SERVICIO

—Depósito de cadáveres… —musitó Ryan entre dientes—. Un muerto en el hospital…

¿Quién podrá ser? Oh, diablo, si pudiera comunicar de alguna forma con Sharon para conocer detalles… Tenía que haber procurado enviar ya algún mensaje como fuese. O salir al jardín hoy, con las demás pacientes que he visto pasear… ¿Dónde estará ella metida ahora? Tal vez se le fue la mano en su representación, y ahora esté con una camisa de fuerza, en una celda de castigo…

Inútilmente, sus prismáticos recorrieron nuevamente los muros grises del feo edificio. No descubrió en él nada nuevo ni revelador. Los enfermeros volvían, con su camilla vacía, desde el rojo edificio de la Morgue privada. Les vio pasar cerca del vecino cementerio hecho únicamente de nichos en un muro.

Alargó la visión de sus binoculares, más allá de las altas cercas de ladrillo del sanatorio. A una casa vecina, rodeada de altos setos y árboles amarillentos. Una casa tras la Morgue y el cementerio. Posiblemente deshabitada, puesto que sus ventanas y puertas aparecían herméticamente ajustadas, con postigos cerrados, y huellas de total abandono.

Regresaron los prismáticos y los ojos de Ryan al hospital. La espera continuó, larga e interminable.

* * *

—Mañana a primera hora, será el entierro de Sheila Barrow —la doctora Lange miró fijamente a Vicky Gordon, la enfermera, que sollozaba, sentada en un banco del quirófano vacío—. ¿Muy impresionada todavía, Vicky?

—Mucho, doctora… Era una buena chica. Me había caído simpática, a pesar de su carácter —gimió la enfermera

amargamente—. Pobre Sheila Barrow… No se puede decir que tuvo demasiada suerte en la vida.

—No, no puede decirse —repitió la doctora, con expresión sombría, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí—. Y si, cuando menos, hubiera sido la primera… Pero esto empieza a pasarse ya de la raya, Vicky. ¿Usted ve normal estas muertes?

—Doctora, ¿cómo puedo verlo normal? Pero ha sucedido. Está sucediendo, de eso no hay la menor duda.

—No, no hay duda alguna —convino Evelyn Lange con tono amargo—. Walsh, Johnson, McCarthy, esa chica… Vicky, ¿trató de averiguar lo que le sucedió al enfermero de turno en el pabellón dos anoche?

—Sí, doctora. Era Talbot. Chris Talbot, ya sabe. Es un chico eficiente. Nunca se duerme. Pero anoche fue diferente, y no sabe la razón. Sólo recuerda que le entró mucho sueño y que se dormía. Luchó contra el sopor, pero evidentemente, no pudo vencerlo. No sabe más. Sólo recuerda que yacía en el suelo, profundamente dormido, cuando lo encontraron. Y que, cerca de él, yacía sin vida, con los cabellos erizados, Sheila Barrow…

—Extraño. —Evelyn Lange sacudió su cabeza, profundamente preocupada—. Todo muy extraño, Vicky. ¿Qué está sucediendo aquí?

—Si lo supiera, doctora…

—Ya estuve una vez informando a la policía —dijo ásperamente ella—. Tendré que volver a Scotland Yard. Es absolutamente preciso, amiga mía.

—¿Scotland Yard? —Vicky tragó saliva—. Doctora, por Dios. El doctor Vardo puede expulsarla por eso. Ya sabe lo que él piensa sobre los escándalos relacionados con la Medicina…

—Me tiene sin cuidado lo que piense Vardo —cortó la doctora Lange, en un brote de rebeldía y decisión—. Lo tengo resuelto. Aunque me cueste la expulsión de este sanatorio, voy a dar cuenta oficial de cuanto ocurre aquí desde hace un tiempo.

—Muy bien, doctora Lange —sonó fríamente a sus espaldas la voz de hombre—. Hágalo, y dese por despedida inmediatamente.

—Conforme, doctor. —Evelyn Lange giró sobre sí misma con resolución, encarándose a su jefe—. Eso me libera de todo compromiso, no lo dude.

—Me temo que ya hubo alguien en Scotland Yard hablando sobre los sucesos de este sanatorio. Aquella paciente, Sheila Barrow… no era una drogadicta. Debió darse usted cuenta de ello, como doctora en Patología Legal… Sobre todo habiendo sido, como sospecho, la informante de la policía en este caso.

—Sí, doctor. Yo fui, lo confieso —frunció el ceño—. Pero no pude imaginar nunca que enviasen una mujer agente a este lugar. Siendo así, debo notificar enseguida a la policía lo que sucede. Esa muchacha debe ser examinada fuera del recinto sanitario. Y debe hacérsele la autopsia, si Scotland Yard lo considera conveniente.

—Muy bien, doctora Lange —fríamente, Vardo le mostró la salida—. Vaya usted a ver a sus amigos los policías. No puedo impedírselo. Pero todo eso no hará ningún bien a mi establecimiento, no lo dude. Ni a la Medicina. Va a sacrificar la paz y estabilidad emocional de muchos pacientes casi curados, por algo que ya no tiene remedio, como es la muerte de una muchacha a quien nadie puede ya devolver la vida. Recapacite, doctora.

Y piense bien en lo que va a hacer. Todavía está a tiempo de volverse atrás, y todos trataremos de olvidar cuanto dijo, ¿no es cierto, señorita Gordon?

—No… no sé… —gimió ésta, crispada.

—¿No es cierto, enfermara-jefe Gordon? —rectificó con una sonrisa significativa el doctor Lorimer Vardo.

—¿Qué? ¿Enfermera… jefe? —repitió Vicky, asombrada.

—Eso he dicho. Ya lo tenía pensado hace tiempo. Ello significa un cargo muy importante para usted… y un sueldo tres veces mayor que el que disfruta en la actualidad… Dígame, ¿no es cierto que vale la pena seguir luchando por los pacientes aún vivos, por volverles al mundo, con su mente sana… que preocuparnos por quien ya no puede ser resucitado, por muy lamentable que haya sido su muerte?

—Vistas así las cosas… —murmuró Vicky, llena de dudas.

—Doctor, es usted maquiavélico —le reprochó la doctora Lange con tono acusador—. No duda en coaccionar, sobornar, comprar o vender a cualquiera, con tal de que su obra siga adelante. A veces me pregunto si el fanatismo médico no es, también, una forma de locura…

—Posiblemente lo sea, doctora. Pero será, en todo caso una

locura hermosa y benéfica para la Humanidad, no lo dude.

—¿Aun a costa de que un asesino ande suelto por el hospital, y siga matando gente? —dudó bruscamente la joven doctora.

—A partir de ahora, podemos nosotros crear nuestra propia policía. Vamos a vigilar estrechamente el hospital, a impedir que se repitan sucesos semejantes. Y, de suceder, le garantizo, doctora, que esta vez caerá el culpable. De no ser así, la autorizaría libremente, y sin represalia alguna, a ir a la policía e informar de todo. ¿Convenido?

—Convenido —suspiró finalmente Evelyn Lange, resignado su tono—. Por esta vez, sólo por ésta… usted gana, doctor Vardo. Y sólo Dios sabe lo que me cuesta ceder.

—Gracias, doctora. No se arrepentirá de su decisión. Ahora, vamos a resolver algo más urgente. Creo que el entierro de esa joven, para evitar nuevos problemas, debe hacerse hoy mismo. Esta noche, Sheila Barrow, si realmente se llamaba así, será sepultada en nuestro cementerio. Mañana, cuando Scotland Yard reciba nuestra carta, ya estará todo hecho…

—Conforme —asintió débilmente la doctora—. Esta noche. ¿A qué hora, doctor?

—Cuando todos duerman. Nadie debe saber que hay un entierro. A los pacientes no les convienen esas emociones, usted lo sabe —sonrió Vardo—. Digamos que… a las once. A las once en punto de esta noche. Tengan todo preparado para la inhumación.

—Sí —afirmó Evelyn Lange—. Todo estará a punto para esa hora…

* * *

La Morgue.

Fría, glacial, desolada. Una simple luz colgada del techo, muy alta sobre las mesas de mármol blanco, igual que sepulcros. Más allá, las cámaras frigoríficas para posible conservación de un cuerpo por varios días.

No hacía falta eso con Sharon Fletcher. Su cuerpo yacía rígido sobre una mesa marmórea. Su rostro hermoso aparecía afilado, céreo por la presencia de la muerte. Los ojos cerrados, las manos sobre el seno, cruzadas. Como si durmiera…

Un silencio de auténtica cripta reinaba en el recinto de los

muertos. Cerca de Sharon, la doctora Lange hacía los últimos preparativos para el funeral. Con admirable sangre fría, la rubia y joven psiquiatra manipulaba el tejido oscuro con que iba a ser envuelta Sharon, a guisa de mortaja. Junto a la mesa de mármol, esperaba el féretro sencillo, destapado. Esperando el cadáver, en su fondo de raso violáceo.

—Bien, muchacha —suspiró la doctora, hablando con el cuerpo inerte, sin revelar el más leve temblor en su voz—. Todo está preparado ya. Esta noche reposarás dulcemente en uno de esos nichos… El doctor Vardo siempre se sale con la suya.

Miró el rostro hermoso, suave, terso. Pasó sobre él sus dedos serenos, sin un temblor siquiera.

—Eres hermosa —musitó, siguiendo su macabro monólogo—. Muy hermosa, quienquiera que seas y te llames como te llames. No puedo creer que nadie te esperase allá afuera. Eso debía formar parte de tu representación, ¿no es cierto? Tendrás familia, sin duda. Y un hombre te amará. Un hombre que quizá nunca sepa la verdad sobre tu final, muchacha…

Suspiró, con un asomo de sonrisa dulce, mientras se apartaba, disponiéndose a salir del depósito de cadáveres. Dio unos pasos hacia la puerta entornada de la salida. Alrededor de la joven doctora, el aire pareció describir un leve torbellino glacial, con olor a muerte y a miedo.

—No… no me deje, por favor…

La voz fue un gemido plañidero, débil, lastimoso, como surgido de la tumba o llegado de más allá de la muerte.

La doctora paró en seco. Estremecida, giró la cabeza. Se quedó contemplando, con ojos de sorpresa, el cuerpo sobre la losa de mármol.

Sharon se estaba incorporando rígidamente. Era como una resurrección increíble. Los ojos hermosos y claros miraban extrañamente a la doctora Lange.

* * *

—Sheila… —jadeó la doctora con voz ronca. Volvió sobre sus pasos, se acercó a ella lentamente. Luego miró en torno, como temiendo hallarse con más cadáveres en un aquelarre lúgubre, emergiendo de sus tumbas—. Sheila, muchacha… ¿Qué significa…?

—No me deje aquí, se lo ruego... —Era como el sollozo de un niño, la voz aquella que surgía de los labios lívidos de Sharon Fletcher. Miró alrededor, con un escalofrío—. ¡Dios mío, es... es la Morgue!

—Sí, Sheila, Es la Morgue.

—No me llamo Sheila, doctora. Ya poco cuenta eso. Soy... soy Sharon Fletcher, hermana de un policía, el inspector Fletcher...

—Fletcher... —se asombró la doctora inclinándose sobre ella con ojos centelleantes—. Pero esto... es como volver a la vida, muchacha... ¿Sabes qué ha sucedido?

—No, no... No puedo saberlo... —balbuceó, aturdida—. Pero quiero salir de aquí.

Cuanto antes. No puedo estar muerta...

—No, y no estás muerta. Seguro que no. ¿Recuerdas algo de lo sucedido anoche?

—¿Anoche? Pero... ¿han transcurrido ya tantas horas? —Descendió de la losa, ayudada por la doctora Lange—. Doctora... fue horrible. Pero ahora recuerdo que me dejé impresionar por tonterías. Era algo... algo que pusieron en mi bebida, en la leche. Me hacía ver cosas deformes. Rostros purulentos, caras horribles. Ahora, recordado fríamente, puedo jurar que sólo eran máscaras de goma, acaso maquillaje, y nada más... Trucos de *grand-guignol*, doctora. Alguien está matando gente aquí dentro, a base de drogas en las bebidas, disfraces grotescos y cosas así...

—Pero a ti... a ti no te han matado —señaló Evelyn Lange—. Es más, has despertado antes del funeral.

—El funeral... —Tembló Sharon violentamente, al ver el féretro vacío, y se aferró angustiada a su joven amiga, la doctora—. ¡Oh, por Dios, vámonos ya de aquí! ¡Ahora entiendo! ¡Iba a ser... a ser enterrada viva! ¿No habrá sucedido eso mismo con... con los demás?

—Quizá. Excepto con el enfermero McCarthy, que tenía su cráneo aplastado... Sí, ahora que lo dices, creo saber lo que sucede. Escucha. —Sharon. Vamos a hacer algo. No me decido a que el doctor Vardo y los demás sepan lo que sucede. Haremos creer que el cadáver ha desaparecido. El tuyo, claro está...

—¿Y... y eso por qué? ¿Es que va a sacarme de aquí?

—Eso es, exactamente, lo que pienso hacer —asintió la doctora

Lange, con decisión—. Escucha, amiga mía; existe una salida poco utilizada desde hace años, una salida antigua de la que nadie se acuerda ya. Está detrás de este depósito, entre él y el cementerio… Vamos a utilizarla ahora tú y yo. Te dejaré a salvo, fuera del manicomio, y luego regresaré, fingiendo que nada sé. Creo que podremos engañar a Vardo y a los demás.

—¿Cree que alguno de ellos… es el culpable?

—Ahora estoy segura —afirmó la doctora, rotunda—. Vamos, Sharon. Cúbrete con esta ropa que iba a servirte de mortaja, y en marcha. Antes de que sea tarde y te descubra alguien.

Salieron del recinto funerario por una puerta posterior a un patio. Desde éste, Sharon, angustiada, aferrándose a la doctora, llena de un terror que jamás antes experimentara, notó las formas de los nichos en la penumbra, más allá del muro del patio.

—Dios mío… —gimió—. Parece que vayamos al cementerio.

—No —negó la doctora—. No vamos hacia allí, sino en sentido contrario. Mira, tomaremos por esa otra tapia.

—Es muy alta…

—No te preocupes —rió en la oscuridad Evelyn Lange, sujetando con firmeza a su amiga—. Hay una pequeña y vieja puerta. Esperemos que no rechine demasiado.

Sharon juzgó que parecía un milagro. No rechinó siquiera, como si estuviera perfectamente engrasada. Se encontraron en una especie de viejo pasadizo a través de la tapia del hospital, que recorría la anchura de sus altas tapias, entre ramajes y enredaderas que lo hacían virtualmente invisible.

Luego, la doctora abrió con mano firme otra puerta metálica. Avisó a Sharon:

—Cuidado. Hay escalones. Cuenta hasta veinte en la oscuridad. Luego, camina en línea recta, sin más problemas. Estaremos enseguida a salvo, donde nadie podrá encontrarte, estoy segura.

Sharon asintió, llena de confianza ahora en evadirse al fin de aquel cerco de horrores que había sido últimamente para ella el recinto del doctor Vardo. Tras aquellos veinte escalones de piedra, húmedos y resbaladizos, que bajó ayudada por la firme mano de la doctora, se encontró en un terreno firme, también húmedo y oscuro. Caminaron en línea recta, velozmente. Por el camino, Sharon iba musitando sus últimas impresiones de la anterior noche de

pesadilla.

—Debió ser la leche… Iba drogada con algo… Algo que produce alucinaciones, que nubla la razón… y que luego provoca un estado de catalepsia, de falsa muerte… Pero recuerdo que sólo bebí medio vaso escaso y tiré el resto al lavabo.

—Eso debió ser, Sharon —convino la doctora Lange—. Al reducir tanto la dosis, te has despertado antes de ese falso estado de muerte, y también has podido recordar que tus visiones de anoche fueron falsas, simple carpintería teatral montada por alguien.

—Pero vi a tres monstruos, doctora. Uno, era Johnson, en estado de putrefacción, caminando por el corredor. Había visto muchas fotografías suyas y de Walsh antes de venir a esta loca aventura.

—Evidentemente, maquillaje sobre un rostro. ¿Y los otros monstruos?

—Otro era McCarthy con su cabeza aplastada. Y el enfermero yacía estrangulado, violáceo. También era horrible su visión. ¿Ha muerto, verdad?

—¿El enfermero Talbot? No, Sharon, querida. También fue trucado. Le debieron drogar y, mientras dormía, le aplicaron una máscara de goma o plástico que le diera ese color y fingiera los efectos de una estrangulación. Todo es ficticio, es evidente.

—Pero hace falta gente. Cómplices para hacer eso. Uno, cuando menos.

—Creo que nuestro misterioso culpable cuenta con dos cómplices, voluntarios o no, querida —sonrió Evelyn en la oscuridad.

—¿Dos? ¿Quiénes?

—Quizá los propios Walsh y Johnson… si resucitaron más tarde, lo mismo que tú.

—Pero ellos fueron enterrados.

—¿Y es difícil abrir por atrás un nicho y sacar al aletargado, volviéndolo a la normalidad? Evidentemente, no. Nuestro personaje tiene recursos, ingenio, habilidad.

—Y el cerebro enfermo.

—¿Tú crees? —dudó Evelyn Lange.

—Es evidente, doctora. Aunque existe un motivo, el propio retorcimiento, la maldad con que prepara todo, el aparato truculento de que rodea sus acciones, revela que no razona con

equilibrio, que es un demente, un ser que busca algo y ha perdido su razón en esa búsqueda.

La doctora no contestó. En vez de eso, se detuvo con un suspiro.

—Hemos llegado —dijo brevemente—. Abre esa puerta. La que tenemos enfrente.

Estamos a salvo, Sharon. Donde nadie te encontrará.

Sharon Fletcher extendió su mano, halló un pomo y lo hizo girar sin dificultad. Tiró de él, y una tenue claridad hirió sus ojos. Se encontró ante una amplia sala alumbrada con débiles bombillas. Había dos figuras tendidas, rígidas, sobre dos camas individuales, allá al fondo de la sala.

¡Y delante de ellas, bailoteando monstruosamente en el aire, como seres vivos, como cabezas desprovistas de cuerpo, Sharon descubrió los rostros espantosos, deformes, purulentos, contemplándola con sus vacías cuencas de horror!

Emitió un grito agudo y terrible, y buscó la protección, instintivamente, de su compañera, la doctora Lange.

Pero ella la arrojó violentamente de sí, derribándola por tierra, entró y cerró con rapidez la puerta, asegurándola con un pesado cerrojo.

—¡Bien venida a la mansión de los muertos vivientes! —saludó con voz extraña, aguda, repentinamente deformada.

Y una carcajada delirante, demencial, de auténtica loca, escapó de labios de la dulce y rubia doctora Lange.

# CAPÍTULO VII

Víctor Ryan se detuvo junto al muro altísimo del manicomio.

Llevaba en una mano una escala de cuerda de seda, con garfios. En la otra, un revólver reglamentario de cañón corto, conteniendo seis balas en su cilindro.

Arrojó las cuerdas de seda a lo alto, A la segunda intentona, resultó. Los garfios se aferraron arriba, al borde de ladrillos con vidrios agudos protectores y alambradas quizá electrificadas de modo que diesen la alarma.

Cuando escaló hasta arriba, evitó los vidrios y también tocar las alambradas o rozarlas. Tiró el cordón al otro lado. Descendió sin dificultades, y dejó colgado aquel medio de salida, en previsión de cualquier dificultad posterior.

Avanzó decidido. Ahora, su mano zurda aferró una pequeña pero potente lámpara eléctrica de luz infrarroja. Llevaba sobre su rostro unas gafas de vidrios especiales para infrarrojos.

Pudo iluminar su camino sin inmutarse. Sólo él podía ver a aquella claridad, sin peligro de ser descubierto por el personal de vigilancia en el manicomio estatal.

Así se movió resueltamente por el jardín. No tardó en llegar a las proximidades del cementerio. Lo pasó de largo. Detuvo el rayo de luz infrarroja, sorprendido, en la puerta metálica de la Morgue. Estaba entornada. La abrió, con un leve chirrido.

Esperó, arma dispuesta, por si alguien acudía. No sucedió nada. Ryan siguió adelante, con resolución. Alcanzó un corredor lóbrego y frío. Al fondo, brillaba una débil claridad.

Apagó su lámpara infrarroja. Avanzó decidido.

Pronto se encontró frente al féretro vacío, frente a la mesa de mármol con una sábana caída. Miró al suelo. Algo brillaba débilmente a la tristona luz de la Morgue.

Se inclinó. Tomó la pieza.

¡Un anillo de plástico con una piedra!

—Sharon —sus cabellos se erizaron, de repente, al mirar el féretro, la mesa, la sábana—. ¡Oh, no! No es posible…

De súbito, algo animaba todo su ser a una acción frenética, continuada. Ahora temía algo, quizá lo peor. Ahora sentía angustia; terror por vez primera.

Sharon… Sharon podía estar… muerta.

La camilla, el cuerpo cubierto, la ausencia de contacto con ella, su ausencia en el jardín, adonde sin duda habría hecho ya motivos para poder salir, en busca de comunicarse con él.

—Si ha sido así… Si la han matado… —jadeó roncamente—. ¡No dejaré piedra sobre piedra en esta maldita casa!

Iba a volverse, para comenzar a buscar el cuerpo de Sharon, viva o muerta, cuando la voz glacial sonó a sus espaldas:

—No se mueva. No se mueva o le mato ahí mismo.

* * *

—Usted… —sollozó Sharon, rotos sus nervios definitivamente ante tanto horror continuado—. ¡Es usted la culpable de todo… doctora Lange!

—Cierto, querida… —asintió ella, con ojos fulgurantes como brasas. Algo en su rostro había cambiado. Una expresión diferente, fría y cruel, maligna y anormal, deformaba aquel bello rostro, haciendo de él una máscara inquietante de terrores ocultos—. Yo soy… Yo lo hice todo, pero soy lo bastante astuta como para denunciarlo, para hablar de ello, para no ocultarlo… y así hacer pensar a todos que soy la última persona que podría ser responsable de algo semejante. Sí, querida. Estás ahora a cubierto. Muy a cubierto de todos. Tanto, que no podrás salir de aquí, ni nadie te encontrará, en tanto yo no lo desee. Y te aseguro que no será así, porque te —necesito. Me haces mucha falta ahora… para completar mis experimentos.

—¿Experimentos? —Se horrorizó Sharon Fletcher, mirándola con angustia, tendida aún en el frío y húmedo suelo de aquella mazmorra—. ¿Qué clase de experimentos?

—Ahí los tienes —señaló hacia las camas. Hacia las figuras inertes—. Acércate, preciosa. ¿Es que no les conoces?

Sharon se aproximó. Dilató sus ojos, como enloquecida. Estaba mortalmente pálida.

—¡Stephen Walsh… y Homer Johnson! —gritó—. ¡Son ellos! ¡Y están vivos…!

—¿Vivos? —rió extraña, agudamente, la mujer enloquecida que era ahora la doctora Lange—. Sí, en cierto modo solamente. ¡Vivos! Pequeña estúpida, ignoras que la Ciencia necesita de nuevas investigaciones, de experiencias diferentes. ¡No, ya no podemos conformarnos con cadáveres, como el viejo y anticuado Frankenstein! Necesitamos seres vivos, personas aparentemente muertas, que estén llenas de vida… y operamos en ellas, para convertirlas en seres a nuestra merced, en personas a capricho de nuestra voluntad. ¿Lo vas entendiendo ahora? Sí, ya veo que sí por tu gesto, Sharon. Vas dándote cuenta… He traído a esta casa, vecina al manicomio, a los que fingen morir y luego viven… Los saco secretamente de sus nichos. Y ya vivos, opero sus cerebros, hago en ellos especiales pruebas, y he hecho de esos hombres unos perfectos autómatas vivientes. Duermen, se mueven y actúan cuando yo les ordeno. Van al hospital, aterrorizan a quien yo señalo, y vuelven dócilmente aquí…

—Es… es horrible… monstruoso… Vale más morir… que ser sujeto de una experiencia semejante…

—Quizá. Pero tu suerte va a ser ésa. Ahora ensayaré algo nuevo contigo. Ellos y tú.

¡Vuestros cerebros a mi disposición! Y yo ordenaré, dispondré. ¡Yo voy a estudiar las relaciones sexuales entre una mujer y un hombre autómatas!

Soltó una nueva, demoníaca carcajada. Sharon la contempló, alucinada, comprendiendo en toda su terrible magnitud el espanto a que había sido abocada su existencia.

Pasillos secretos antiguos, accesos ocultos a la vivienda vecina. Y en el subsuelo de la vieja cama inmediata, aquellas experiencias alucinantes, obra de una doctora enloquecida pero con un objetivo concreto y terrible, deshumanizado y espantoso. La transformación de seres vivientes en simples máquinas de carne y hueso.

Sollozó, apartándose de aquellos dos nuevos monstruos que reposaban en los lechos del sótano. Miró hacia la puerta del sótano, que la doctora había dejado en ese momento de cubrir. Y

exasperada, se precipitó contra ella, forcejeó con su cerrojo durante un segundo o dos, logrando abrirlo. Tiró de la puerta, tratando de huir, chillando. Pero la doctora, rápidamente, se interpuso, apresurándose a sujetar la puerta, aunque sin importarle que el cerrojo no estuviera corrido.

—No, no saldrás de aquí, Sharon Fletcher —silabeó—. Tú elegiste tu destino… ¡y va a cumplirse, te guste o no!

Reía endemoniadamente, como posesa. La puerta no estaba asegurada. Pero la sujetaba con sus manos crispadas. Y aun cruzando aquel umbral, ¿dónde podría ir en el oscuro, interminable corredor, terminado en aquellas escaleras angostas y peligrosas?

—Dios mío… —gimió Sharon, en el paroxismo de su angustia—. ¿Es que no hay medio humano o divino de que el castigo caiga sobre usted, doctora Lange, por sus crímenes y experiencias abominables?

De súbito, la puerta cedió violentamente. La doctora Lange gritó, cayendo atrás, dando volteretas. Intentó incorporarse, saltar sobre la puerta…

Ya era inútil. En ella, arma en mano, había dos hombres ahora: el doctor Vardo… y Víctor Ryan.

—¡Víctor! —Sollozó patéticamente Sharon—. ¡Oh, Victor, querido!

Se precipitó en sus brazos. La doctora Lange pretendió saltar rabiosamente hacia ella e impedirlo, con sus garras al aire. Disparó Ryan, anticipándose a ella.

La doctora Evelyn Lange cayó de costado, con un alarido, clavada una bala en su pecho.

—Lo siento, doctor Vardo —murmuró Ryan duramente—. No pude evitarlo.

—Sí, lo comprendo —el doctor miró a su colega femenino con estupor y gesto de infinito horror—. Espero que esto se aclare del todo antes de que ella muera…

# FINAL

—No era preciso que ella confesara, doctor Vardo —suspiró Sharon Fletcher—. Ahora, ya lo sabe todo. Sus juegos macabros y demoníacos en el hospital, el uso de drogas, la muerte aparente, las máscaras colgadas en ese sótano, para disfrazar a sus «monstruos». Pobres seres. Son ya como muertos en vida, alterados sus cerebros por esa mujer diabólica.

—Suerte que el doctor Vardo me encontró en el depósito, y recordó el paso a la casa vieja —suspiró Ryan, abrazando contra sí a Sharon, en presencia de Vardo, Collier y el inspector Fletcher—. De otro modo, jamás hubiera encontrado el camino a tiempo y ahora no sería un final feliz el que tuviera esta pesadilla horripilante.

Sharon se abrazó a él, y murmuró con tono feliz:

—Eso me enseñará a no pretender ser una heroína jamás. Pero de todos modos, ha sido un gran reportaje… aunque nunca se publique, por bien de la Medicina, doctor Vardo.

—Sí, es cierto —suspiró a su vez el psiquiatra—. Gracias por todo, señorita Fletcher… y mi enhorabuena para el día en que decida ser la señora Ryan…

**FIN**



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.